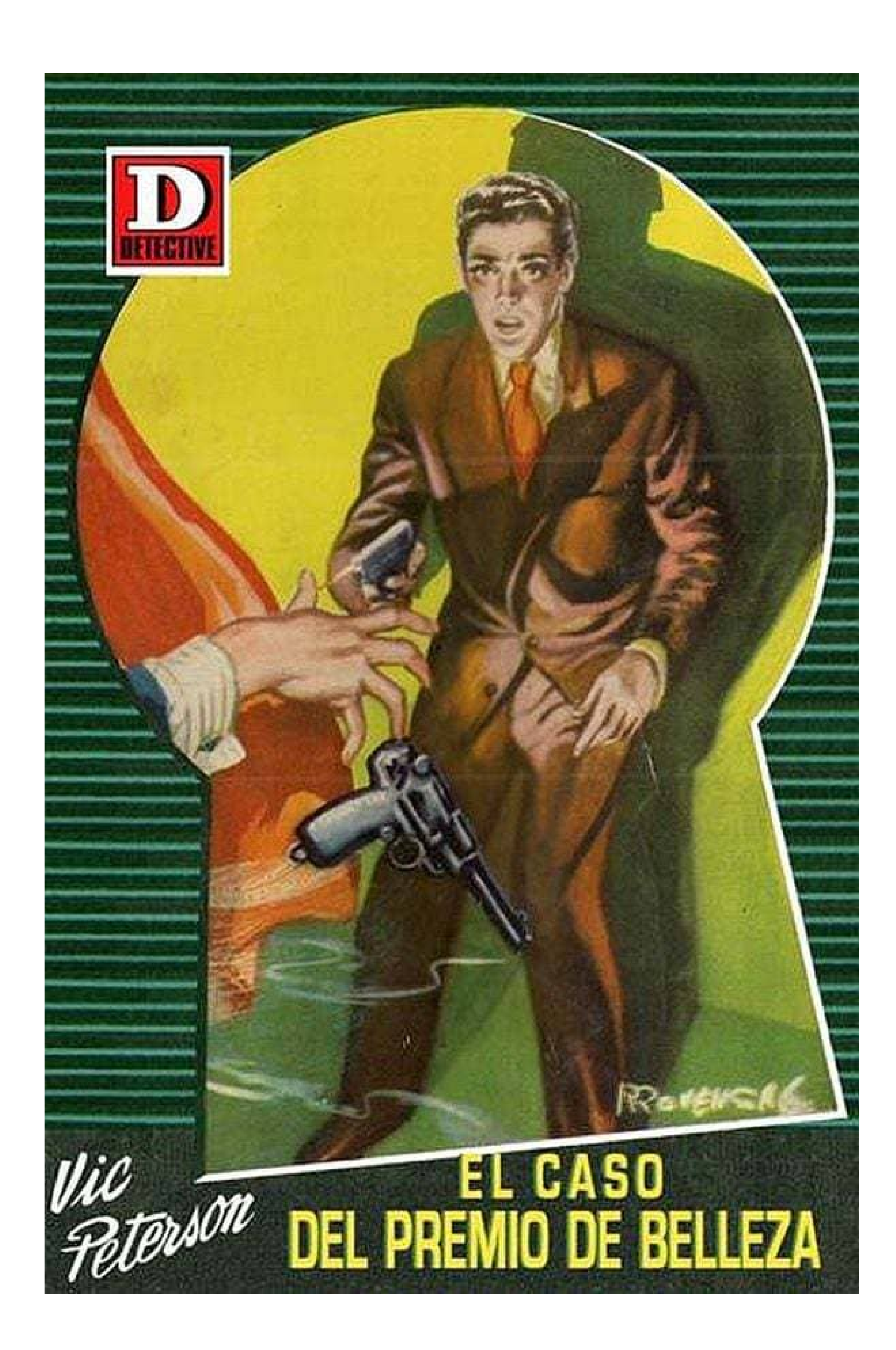

D
DETECTIVE
Vic Peterson
EL CASO
DEL PREMIO DE BELLEZA

Tony Orlando, nombre falso del mafioso Charles Renzio, está instalado en un hotel de lujo en Coral Gables, Miami. Viene de Tampa, donde en una refriega con la policía ha asesinado a dos federales y ha visto morir a Overlook, un hampón que le servía de contacto con la misteriosa jefa, Heroína es su alias, de una banda dedicada al tráfico de drogas. Del bolsillo del mafioso agonizante extrajeron Orlando y su socio Errol Norton una carta donde se desvelaba la identidad de Heroína pero Norton ha desaparecido camino de París con el documento.



Vic Peterson

El caso del premio de belleza

Detective - 8

ePub r1.0

LDS 28.01.18

Título original: *El caso del premio de belleza*
Vic Peterson, 1952,
Portada: Provensal
Ilustraciones interiores: Macabich
Versión castellana: José María López Sans
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




El caso del premio de belleza
por VIC PETERSON
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

Conrad Regan conducía con mucha precaución, contra su costumbre, el esmaltado coche gris por entre el abigarrado tráfico de la Séptima Avenida, que se veía forzado a ascender desde la 33 hasta la 59, para llegar a la Reverside, lugar de su primera cita con Eva.

Cuando atravesando la 59, dejó atrás Central Park, empezó a relajar su atención, y condujo con su habitual despreocupación, no temiendo ya por el reluciente esmaltado del «Cónsul», que en préstamo con garantía de quinientos dólares por cualquier desperfecto mínimo, sustituía a su atrotinado «Buick».

Pero Eva merecía aquel riesgo, y cuando el coche penetró en el aparcamiento del Riverside, junto al «Hudson», Conrad Regan dejó suelta de riendas su imaginación, para entretener la impaciencia de la espera.

¿Por qué se interesaba tanto en los pasos de Eva?

¿Por qué se sentía casi enfermo de deleite en imaginar que era un primer triunfo el haber obtenido aquella cita? Había acudido a un medio casi heroico. Tenía curiosidad por ver si Eva Duncan era, como recelaba, tan prodigiosamente inteligente como hermosa.

La dibujó mentalmente, recordando la primera vez que la vió desfilar por los salones de la casa de modas, donde no era maniquí en nómina fija, sino por una sola hora diaria y con frecuentes ausencias.

Una preciosidad. Sus cabellos trigueños de suave ondulado, un radiante rostro donde los grandes ojos azules tenían alternativamente candor y malicia, y la maravilla de unos labios que incitaban a pensar en el jugoso mordisco placentero dado a una cereza.

El cuerpo… Sólo al evocar aquella armonía curvilínea, aquel esplendor de prieta carnación, Conrad Regan giró la vista hacia el río, como si de este modo refrescara el súbito calor que sentía.

Le cuadraba perfectamente el nombre de Eva. Tan tentadora con su manzana hubo de ser la primera mujer.

Conrad Regan, por su carácter aventurero y su profesión, no era un colegial impresionable. Deducía, pues, que Eva Duncan atesoraba con avaricia centenares de manzanas, tentadoras.

Pese a todo su aplomo, casi rayano en descaro, Regan percibió cierto titubeo en su paso y ademán, cuando bajando del coche, avanzó al encuentro de Eva Duncan, en cuyo elegante atuendo no pudo fijarse, porque se recreaba en lo puramente físico.

—Buenas tardes, Eva. ¿Recibió usted mi nota?

Ella sonrió, y Regan, pestañeando, decidió internamente que Eva Duncan, si se lo propusiera, santificaría al demonio o endemoniaría a un santo, según fuera su alma. Éste era el misterio. ¿Cuál era el alma bajo aquella envoltura paradisíaca?

—Si estoy aquí es porque recibí su curiosa tarjeta. Y en segundo lugar, supongo no olvidará que hace apenas quince minutos me telefoneó, señor Regan.

Ella se encaminó hacia el «Cónsul», sentándose junto al volante. Conrad Regan pasó a serenarse dando la vuelta al coche, y al instalarse, indicó.

—La llevo adonde quiera, Eva.

—De momento, podemos conversar aquí, señor Regan.

—Tengo sólo veintisiete años, Eva. No me envejezca con el tratamiento.

—Le consideran un viejo zorro. Al menos, así leí en un reportaje de un rival. He leído también muchos de sus artículos, señor Regan. Emocionan, y posee usted el don de sobresaltar. Me sobresaltó también su tarjeta.

—Ante todo, quisiera que usted me creyera, si le juro que nada de cuanto hablemos será publicado, Eva.

—No soy escéptica, señor Regan, pero las promesas de periodistas me inspiran cierta desconfianza.

—Puedo jurárselo por mi salvación, y soy irlandés de cuna. No me tome por un majadero, Eva… La tarjeta que le he enviado tiene su historia. Cierto día de abril muy cercano, no sé si para bien o

para mal, entré en el «Chez Rigaux», buscando a una señora que debía proporcionarme unos datos esenciales. Y usted apareció… ¡Diablos! Ya sé que está de moda el género llamado jersey o punto, y que el color negro también goza del favor femenino. Pero hasta que no lo vi envolviéndola, ignoré el poder maléfico que ejerce sobre un hombre sensible.

—Creo, señor Regan, que no he venido para hablar de modas.

Ella era amable, pero decididamente enérgica. Nada de una modelo artificiosamente engreída y helada, sino muy humana… y recelosa.

—El hechizo influyó, y me quedé sumido en etéreas regiones, olvidando lo que me llevó a la casa de modas. Repito que no deseo que me tome por un majadero, sino que al hablarle así, con el corazón en la cordial diestra, adivine usted misma, que no pienso someterla a indiscretas preguntas. Indagué allí sus nombres y dirección. Estaba convencido de que una maravilla tan prodigiosa tendría las moscas a miles. Así era. Usted salía con diversa caballeros, pero de manera muy respetable. No se le conoce novio ni favorito. Y yo, en espera de la ocasión de serle presentado, la aceché, para acabar de convencerme de que usted no era una obsesión provisional.

—Le agradezco sus elogios, señor Regan. Me gustaría ahora que pasáramos al contenido de la tarjeta.

—Entre los que la cortejaban estaba Freddy Gentilini, el afortunado rentista que hasta entonces había logrado dos milagros: vivir de renta en edad juvenil, sin trabajar y sin ir a la cárcel. Anteayer, Gentilini ingresó en San Quintín, para vestir el uniforme a rayas. Usted no ignorará que Freddy tiene un hermano que le quiere mucho.

Eva Duncan extrajo de su diminuto bolso un rectángulo de cartulina en cuya esquina izquierda superior, atravesadamente, en relieve, se leía:

«Conrad Regan»

El texto decía:

> «Presenta su respetuoso homenaje a Eva Duncan, aspirando a una entrevista a las cinco en la Riverside, aparcamiento oeste, de ribera, para conversar sobre la extraña muerte de Walter Ludington, y el inminente peligro de Bert Gentilini».

El periodista, tras que ella rechazó la oferta de un cigarrillo, antes de encenderlo aplicó la llama de su mechero a la cartulina. Eva Duncan no apagó, sino que sacando la mano por la ventanilla agitó la cartulina para acelerar su chamuscamiento, y conversión en cenizas.

—Es un simbólico exponente de mi juramento, Eva. Al principio, los datos que conseguí inconscientemente (porque repito que yo no la seguía a usted con fines indiscretos, sino obsesivamente masculinos) me fijé en una doble coincidencia, que me brindaba un sensacional reportaje. Usted bailó con Walter Ludington la misma noche en que, hacia las cuatro de la madrugada, fué hallado muerto en su departamento. Causa de la muerte, un balazo entre los dos ojos. Al día siguiente cenaba usted con Freddy Gentilini, y cuando éste fué detenido, se escribieron muchas líneas, pero ni siquiera en la Comisaría Central constaba usted para nada.

—Le acepto ahora un cigarrillo, Regan.

—Gracias. Y por favor, no me coja la mano al encender, porque me temo que atraparía un catarro. No sé qué diablos me pasa, pero me da escalofríos no acabar de acertar si usted es cómplice de Gentilini, o lo delató. Reitero, ratifico y remachaco, que estoy perdido, porque aun imaginándome que pierdo un gran reportaje, lo olvido todo. Y si escribí la tarjeta fue porque quería verla de cerca, y darme cuenta que usted no es una alucinación.

—Realmente debe ser un costoso sacrificio renunciar a publicar que usted me vió bailar con Walter Ludington la noche en que murió asesinado y cenar al día siguiente con Freddy Gentilini, el asesino. ¿Y su conciencia, Conrad?

—Mil gracias por el ascenso en nuestra amistad naciente, Eva. Hasta hoy he sido lo bastante honrado dentro de lo que cabe en este siglo inmoral. Pero yo sólo quiero que nos conozcamos mejor, y no me importa que sea usted ángel o diablesa. Le doy palabra de irlandés que para mí; bien muertos están Ludington y Gentilini.

Ambos, en el fondo, eran dos malos sujetos. ¿Vamos a celebrar nuestra cordial «entente»?

—En realidad, creo que debo aceptar.

—Me agrada la dulce ironía que no es ofensiva, con la cual desde un principio me obsequia.

Puso el contacto, y arrancó hacia el Central Park.

—Un coche magnífico, Conrad.

—No es mío. Lo pedí prestado, porque consideré indigno de usted mi baqueteado y vulgar instrumento de trabajo.

—Creí que su instrumental se componía de cerebro, pluma y máquina de escribir, como base, y saber ser discreto como cualidad.

—Tampoco usted es un maniquí corriente, Eva. ¿Tiene algún lugar de preferencia para tomar un piscolabis?

—El que usted elija.

—El «Comorin». Es confortable.

Estaba muy cerca, en la esquina de la 53 con Broadway. Una galería llevaba al primer bar, espaciosa sala, muy concurrida. Pero Conrad Regan, asiendo del codo a Eva Duncan, atravesó un rellano lateral, para penetrar en el bar de los «selectos», amigos especiales del dueño.

Un bar curvo, de reducidas dimensiones y de maderas claras. Sólo había allí un cliente de anchos hombros que estiraban visiblemente el tejido a rayas de su chaqueta. Llevaba una boina, y sus ojos estaban ocultos por unas gafas negras con armazón de concha de tortuga.

Un largo pantalón de sarga azul, con dobladillo de cuero, dejaba apenas asomar sus zapatos.

Aparte sus prendas estrafalarias, algo había en aquel hombre que llamó la atención de Regan, quien se volvió hacia Eva Duncan.

—¿Qué le parece si tomamos un refrigerio?

—No me animo. En todo caso, mientras medito si me conviene beber algo, empiece usted.

La ayudó él a encaramarse en el alto taburete, y pidió un combinado de frutas con coñac. Comentó, mirando a Eva:

—Quiero decirle tantas cosas, que no sé por cuál empezar, ya que…

—¿Qué tal, Conrad, viejo zorro? ¿Por qué no toman un trago conmigo?

Conrad Regan se volvió hacia el solitario cliente «selecto», que le sonreía. Y como la expresión de Regan continuara revelando la perplejidad, el extraño personaje levantó una mano velluda, y se quitó la boina y las gafas.

—¡Red Wolfsing! ¡Red! —gritó Regan, alegremente—. Eva, es un amigo mío del ejército. Red: te presento a la señorita Duncan. ¡Cuánto me alegra verte de nuevo! No te he visto desde hace más de dos años. Veamos, ¿cuándo estuvimos juntos por última vez? Fué en el aeropuerto de Takawa, ¿no? Cuando anduvimos buscando inútilmente a la pelirroja… Bueno, cosa de dos años.

—¿Dos años, dices? —repitió Wolfsing, con una sonrisa torcida —. Encantado de conocerla, señorita Duncan. Por cierto… ¿Señorita Eva Duncan? ¿No será la que cenaba con un amigo mío hará cosa de tres noches?

—Espero que esto no sea una decepción para usted —dijo ella, amablemente.

—Tendría que ser ciego, sordo y estúpido para considerar que usted es una decepción —y volviéndose bruscamente hacia Regan, añadió—: Y tú no me has visto desde hace dos años, ¿verdad? Desde los días de Takawa. Tengo que decir que sí, ¿eh?

—¿Es que acaso no es así?

Wolfsing dedicó a Regan una mirada burlona.

—Sí así lo dices… —replicó, deslizando tras la pantalla de sus negras gafas, una mirada furtiva a Eva Duncan—. ¿Qué les parece un trago? ¿No? Bien, me excusarán si tomo el mío. Tengo una gran necesidad de beber un poco.

Se volvió hacia el encargado del bar, y pidió con decisión:

—Un doble de *whisky* con soda, pero cada cosa en su vaso.

Se tomó el *whisky* en dos sorbos, y a continuación, bebió un pequeño sorbo de soda.

—Dos años es mucho tiempo. Todos estamos de acuerdo en eso —manifestó Wolfsing, sin dirigirse concretamente a nadie.

—Mira, Red, estás muy pesado —protestó Regan, con cierta irritación—. Si no me acuerdo de cuando nos vimos por última vez, te presento mis excusas y se acabó. ¿Dónde fué? ¿En Guam? ¿En Iwo Jima?

—¿Hablas en serio? —preguntó Wolfsing, perplejo—. Dímelo, chiquito. Sólo trato de acertar.

—Claro que hablo en serio.

—Bien, yo veía que estabas muy bebido, pero no creí que hasta el punto de no recordar nada —dijo Wolfsing, quitándose las gafas negras y mostrando la contusión que desfiguraba su ojo izquierdo —. Tú eres el tipo que me hizo esto. El sábado pasado por la noche en la «Crimson Tavern». Dime ahora: ¿de veras no recuerdas que pasamos juntos cerca de media hora en la «Crimson»?

Involuntariamente, Regan miró a Eva, la cual cementó:

—Si yo me retirara, ustedes dos podrían explicarse. Es un asunto que no me concierne y…

—¡Por favor, Eva! Prefiero mil veces que se quede. No es que considerara injustificado que me abandonara, pero le pido perdón… Red es de toda confianza… y usted también. ¡Mil diablos, Red! ¡Aclara esto!

—Te pregunté antes si querías que me callara, y no pensaba sacar a relucir este lío. Con haberme dicho que cerrase la boca… Excúsenos, señorita Duncan. ¡Eh, Jimmy! Un doble y soda, cada cosa en su vaso.

—A lo mejor hay algo que no desean que yo oiga —sonrió Eva.

—Por mi parte, nada —afirmó Red Wolfsing—. Y ya hemos oído a Conrad. Bueno, yo iba por la calle 42, y tropecé contigo en la esquina con Madison. Me reconociste en seguidla, y yo propuse que tomáramos un trago para celebrar el encuentro. Pero no quisiste seguir por la 42, porque estaba allí cerca la Comisaría. Dijiste que daba mala suerte pasar por un puesto de policía de noche y «alumbrado», y me recordaste aquella noche de Tokio. Pero pasemos por alto las historias antiguas. Lo cierto es que estabas algo bebido, y con unos deseos locos de beber más. Me dijiste que querías quedarte como un leño, por lo menos durante un mes. Entramos pues en la primera taberna, que era la «Crimson»… ¡Chiquito, cómo soplabas!

Sin poderlo remediar, Eva Duncan empezó a reír. La divertía la campechana virilidad de Wolfsing con su ojo hinchado oculto tras el lente negro, y la cara de profundo asombro de Conrad Regan, que amoscado, masculló:

—Va usted a formarse muy mal concepto de mí, Eva.

—Al contrario, al contrario, chiquito. La señorita tiene que estar muy orgullosa de saber que era su nombre el que tú repetías como

un obsesionado entre trago y trago. Dijiste que estabas harto de esta asquerosa ciudad, y que querías ir muy lejos, con tal de no ver a la mujer de tus sueños cenando con un «gángster» guapo.

Eva Duncan miró ahora, siempre divertida, a Regan, que decía entre dientes:

—Al hablar de Eva, aludí a la mujer en general, Red.

—Como quieras, chiquito, y no es asunto mío.

—Comprenderás que la señorita Duncan no trata con «gangsters», ni existen ya «gangsters»… Bueno, al grano, Red. Si yo te aprecio, ¿cómo pude hincharte el ojo?

—Empezaste a gritar que Nueva York era la ciudad más inmunda del universo. Era una tranca de solemnidad la que tenías. Me recordaba aquélla tan sabrosa que cogimos en Cantón. La gente se congregó en rededor, y el dueño de la «Crimson» dijo que ya no te serviría ni una gota más. Entonces tú armaste la marimorena, aludiendo a los derechos del ciudadano de sumergir su corazón sangrante en barriles espumosos… Bien, yo intervine para sacarte, y fué cuando me obsequiaste con este cardenal. Y por cierto, tus puños son algo serio. Llegarías lejos en el Cinturón de Oro. Casi me tumbaste, pero pude sacarte sin hacerte daño. En la calle, te refresqué echándote agua a la cara, y me di cuenta que al aceptar tú el venir conmigo a Colombia, no hablabas tú, sino el *whisky*.

—¿A Colombia? Hijo mío, la noche del sábado debió ser horrible. Recuerdo que el domingo me desperté con la cabeza repicando como un tambor, pero sin saber más que empecé a beber en la calle 42…

—Me hablaste mucho de Freddy Gentilini, y yo te dije que te convenía ponerte al margen en asuntos donde intervinieran los Gentilini. Te indique que si era verdad que querías irte de Nueva York, yo tenía un asunto emocionante que me proporcionaba Tackey, al que estoy esperando aquí, y que por cierto tarda mucho. ¡Eh, Jimmy! Lo mismo de lo mismo.

Eva Duncan parecía meditar cosas muy ajenas a lo que había oído. Conrad Regan estaba haciendo visibles esfuerzos de concentración para recordar la «Crimson Tavern», la noche en que empezó a beber inesperadamente, porque se le antojó que la vida era cruel al hacer que se enamorara de una mujer a la que ni siquiera había hablado, una mujer que bailaba con un ricachón

poco escrupuloso como lo era Walter Ludington, la tarde anterior, y que aquella noche, cenaba con el guapo y poco escrupuloso Freddy Gentilini.

El camarero regresó con dos vasos en una bandeja. Del bar contiguo, venía un joven esbelto y elegantemente vestido, que mirando al macizo aventurero de las gafas negras, inquirió:

—¿El señor Red Wolfsing?

—Sí, si no me equivoco, amigo —contestó Wolfsing—. ¿Viene usted de parte de Tackey?

—En cierto modo, sí —replico el recién llegado.

Se llevó la mano al bolsillo interior, sacó una carterita, la desplegó y mostró una tarjeta de identificación bajo una lámina de mica.

Red Wolfsing lanzó un silbido suave.

Eva Duncan dirigió una mirada angustiada a Regan, que puso su mano en ademán protector sobre la de la joven.

—¿De modo que es Dick Tackey quien le envía? —inquirió Wolfsing, sarcásticamente—. ¡Qué cosas hay que ver!

—Tal vez sería más exacto decir que nosotros hemos evitado que Dick Tackey venga aquí. Está en nuestro coche.

Wolfsing saltó del taburete, sin brusquedad, volviéndose hacia Eva y Regan.

—Miren al señor —indicó señalando con su dedo pulgar al joven elegante—. Nada menos que de la Policía Federal. Siento tener que despedirme a toda prisa. Espero que me traerán naranjas.

Miró al agente federal.

—Muy bien, gallardo joven. Salgamos.

El «gallardo joven» no se movió.

—El señor y la señora, ¿estaban con usted?

—Nada de eso —y Wolfsing sonrió a Eva Duncan—. Esto no significa que usted no pudiera representar a las mil maravillas el papel de heroína de la aventura. No hay nada, agente. Son amigos míos que no he visto hace más de dos años. De modo que puede dejarles en paz con la conciencia tranquila, y vayámonos.

—Usted delante, señor Wolfsing.

—Es verdad. Yo siempre por delante. Bueno, chiquito, que tengas suerte, y espero que no volverás a beber, ya que tienes a tu Eva al lado.

El agente y el pintoresco personaje enigmático abandonaron el pequeño bar. Comentó Regan:

—Lo siento, Eva. Pero por si acaso Red le ha causado una mala impresión, debo decirle que es un gran muchacho en todos los aspectos.

—Ha sido muy interesante. ¿De modo que es un gran muchacho, pero le vienen a detener en coche repleto de agentes federales?

—Red Wolfsing nació para correr riesgos, y como ahora no hay guerra, le gusta meterse en líos, como contrabandos de armas a Sudamérica, pero nada realmente delictivo, considerado…

—Desde un punto de vista de amistad, Conrad. Me ha de permitir una sugerencia, porque creo que se le escapó algo que dijo Wolfsing. Usted estaba tan aturrullado creyendo que yo sacaría la conclusión de que usted es un bebedor insaciable y camorrista, que no recuerda lo que dijo Red Wolfsing al serme presentado.

—No, no recuerdo. ¿Estaré volviéndome amnésico?

—Dijo textualmente: «¿Eva Duncan? ¿No será la que cenaba con un amigo mío hace tres noches?». Y hace tres noches, era sábado. La noche que yo cené con Freddy Gentilini.

—Y que yo le di un puñetazo en el ojo a Red. ¡Diablos! Entonces, si Red es amigo de Gentilini… y estaba aquí esperando a un tal Dick Tackey, que también ha sido atrapado por los federales… Bueno, yo juré no entrometerme, Eva, pero si usted presiente algo peligroso, quiero que usted sea sincera conmigo.

—Su amigo Wolfsing, al que acabo de conocer, no me supone ningún peligro. Y ahora, si quiere, aceptaría un Oporto. Después, habré de dejarle, porque me esperan a las seis y media.

En silencio la miró él apurar lentamente, a sorbitos gotosos, el vino portugués.

—No me acompañe, Conrad. Y mañana, si lo desea, telefonee hacia la misma hora de hoy. Y si piensa averiguar por qué ha sido detenido Red, hágalo, porque nada tiene que ver con su juramento, Conrad. Celebro haberle conocido. No se moleste… Prefiero salir sola.

—Pero…

—La principal condición básica para nuestra amistad, es tratarnos como amigos… pero sin puñetazos, Conrad. Hasta mañana.

La contempló al alejarse, y de pronto sacudió la cabeza. Quería despejarse de toda obsesión masculina, para salir de dudas, con respeto a la relación que podía existir entre el detenido Freddy Gentilini y el detenido Red Wolfsing.

Con pruebas abrumadoras en contra, Freddy Gentilini había sido detenido por el capitán…

—Aquel caballero pregunta por usted, señor Regan.

Miró el periodista al camarero Jimmy, que señalaba hacia el umbral. Un desconocido, alto y grasoso, de negro cabello y cejas tupidas, vestido con rebuscamiento, parecía esperarle.

Conrad Regan iba a pagar, pero Jimmy anunció:

—El señor Wolfsing dejó dinero de sobras. Gracias.

Conrad Regan se acercó al individuo moreno y adiposo. No le gustaban los hombres que llevaban sortijas con diamantes, brazalete de oro y en la corbata color malva, una aguja en forma de herradura…

El desconocido descubrió unos dientes muy blancos al decir:

—La señorita Duncan quiere que yo le explique determinadas cosas, Regan. Nos espera en su departamento.

Conrad Regan siguió al que, andando felinamente, atravesaba el rellano lateral, y saliendo al exterior, señalaba un «Cadillac».

—La señorita Duncan se permitió disponer de su «Cónsul», Regan.

Conrad Regan meditó que si además de prodigiosamente bonita, Eva Duncan era calmosa e inteligente, no corrían peligro los quinientos dólares que había dejado en garantía.

Al volante del «Cadillac» había un chofer uniformado. Conrad Regan con el pie en el estribo, y mientras mantenía abierta la puerta el moreno incitador, preguntó volviendo hacia él la cara:

—A todo esto, ¿usted, quién es?

Una mano surgió del interior, una mano recia y experta, porque a la vez que atraía hacia dentro, se disparaba hacia arriba, conectando rotundamente en plena barbilla del periodista.

Conrad Regan terminó de instalarse en el asiento posterior, empujado amistosamente desde fuera por Bert Gentilini, y quedó medio inconsciente, sentado, inmóvil, entre el que le había recibido en forma tan contundente y Bert Gentilini.

En su costado, percibía un contacto muy elocuente. El «Cadillac»

arrancó a buena velocidad…

Conrad Regan movió lateralmente las mandíbulas. No había desperfectos. Una pequeña hinchazón bajo la barbilla.

—Saldremos todos ganando, Regan, si se porta bien. No es un rapto ni pretendemos hacerle daño alguno. Yo tenía que hablar con usted privadamente, y quise evitar que se resistiera a entrar en mi coche. Puedes apartar tu bolsillo del talle de Regan, Jenkins. Un periodista, un representante del gran poder impreso, de la talla e inteligencia de Conrad Regan, preferirá escuchar con curiosidad antes de sentirse agresivo.

—No lo duden —y Regan, de soslayo, miró al llamado Jenkins —. De todos modos, Jenkins, este toquecito en la barbilla sobraba. Mañana por la mañana tendré que desayunar con papilla. No podré masticar.

Bert Gentilini emitió una risita sardónica.

—Mi hermano tampoco se deleita con sus desayunos en San Quentin. Y estaría muy descontento si supiera que usted fué quien indujo a Eva a delatarlo.

—¡Diablos! Empiezo ya a…

Un metido violento en su costado hizo enmudecer a Regan, que cerró los ojos, prometiéndose que en la primera ocasión devolvería con creces las dos caricias al pistolero Jenkins.

—Me intrigaba saber cómo habían podido acumular pruebas contra Freddy. No desconfiaba de Eva, pero cuando detuvieron a Freddy, encomendé a Jenkins que vigilara a Eva. Y ahora todo está claro. Usted, empleó a Eva como señuelo, para que enamorara a Freddy… ¡Cállese, Regan!… Me parece que el reportaje sensacional que usted preparaba quedará inédito bajo una lápida.

El coche, abandonando la Riverside, viró penetrando en un callejón en rampa descendente, obscuro, que conducía a los desiertos muelles ribereños del Hudson.

Penetró como una flecha en un gran hangar, donde ya estaba inmovilizado otro coche, gris esmaltado, marca «Cónsul».

CAPÍTULO II

El coche gris, marca «Cónsul», abandonó el hangar para remontar la rampa y salir de nuevo a la Riverside. AI volante iba Jenkins, y a su lado una aterrorizada muchacha, cuyos preciosos rasgos se contraían en espasmos nerviosos.

Atrás, Bert Gentilini revisaba el cargador de una «Thompson», que mantenía boca abajo entre sus piernas. Y con la vista baja, manifestó:

—Harás lo que te he dicho, premio de belleza, y por si te caben dudas has de convencerte de que si no puedo sacar libre a Freddy, no me importa tener que salir a escape de la ciudad, pero llevándome antes por delante a tu colombiano y a tu talento de novio.

Jenkins, inmutable al volante, conducía con maestría, hacia el Sur, por la arteria ribereña, poco transitada.

La joven se cubrió el rostro con las manos enjoyadas. Lloraba silenciosamente.

—Igual que el periodista está ya flotando por el río, flotarás tú, dentro de nada, si no haces lo que te he dicho. A esta hora, tu novio y el colombiano estarán esperándote en el «Ressort». No seas, como de costumbre, una embustera, premio de belleza. ¿Que acostumbran a hacer los dos, si tardas?

Ella por entre sus dedos, hipó:

—Van a buscarme al «Daisy».

—A veces es provechosa esta costumbre de los enamorados de buscar rincones tranquilos.

El coche atravesó el puente sobre el Hudson que unía la isla de Manhattan con el continente, y rodó sobre el asfalto de West Nueva York.

El parador «Daisy» estaba instalado al exterior de la ciudad, en un paraje agradable, sobre el río, cerca de la encrucijada de carreteras que divergían conduciendo al interior del estado.

—Elige un buen sitio para esperar la llegada de Dick Tackey y su colombiano. Si tardan demasiado en llegar al «Daisy», harás lo que te he dicho, premio de belleza. Les telefonearás.

* * *

Cuando el «Cadillac» penetró como una flecha en el hangar, y el chofer frenó en seco, no comprendió Regan que era un modo ya convenido, de efectuar la entrada en aquel garaje especial, antiguo cobertizo de mercancías.

El brusco frenazo proyectó al periodista contra el respaldo delantero, momento que Jenkins aprovechó para colocar la doble lazadera de cable.

La remontó hasta los codos del periodista, cuya cabeza asía bajo su sobaco el chofer medio incorporado.

Jenkins extrajo del bolsillo de la portezuela posterior, otra doble lazada que parecía una madeja. Esquivó un patadón y logró ensamblar los tobillos.

Bert Gentilini había ya bajado del «Cadillac», y a se dirigía al detenido «Cónsul», en cuyo asiento delantero, en actitud de pleno abandono desfallecido, una joven reclinaba la cabeza sobre el volante, al que estaban unidas sus manos y muñecas con una torcida de tela.

Llevado entre Jenkins y el chofer, Conrad salió en postura horizontal del coche. Con brutalidad infrahumana, el chofer le había introducido un amasijo de estopa grasienta en la boca, interrumpiendo así sus imprecaciones.

No pudo seguir gritando al quedar tendido en el suelo, pero sí podía oír perfectamente lo que decía Bert Gentilini:

—AI otro coche, Jenkins. Tenemos que terminar pronto con Tackey y el colombiano. Tú liquida a ese entrometido, y lástralo antes de echarlo al río. Después, llevas el «Cadillac» a la carretera del Norte, y esperas en la milla 14. ¿Estamos?

El chofer asintió.

Y junto a la puerta que había corrido, volvió a hacerla deslizar

sobre sus rieles, otro individuo.

El «Cónsul», con Jenkins al volante, y la aterrorizada muchacha a su lado, libres las manos, abandonó el hangar, mientras atrás Bert Gentilini alzaba el felpudo, y de un hueco sacaba un ametrallador «Thompson».

Conrad Regan vió cómo el desconocido iba cerrando la puerta, y el chofer volviéndole la espalda iba a una mesa arrimada a la pared, para sospesar con horrible reflexión varias herramientas…

Se retorció el periodista, pero las dos lazaderas dobles eran sólidas, y cuantos más esfuerzos hacía, más se le hincaban en tobillos y codos.

Estaba asfixiándose con el fétido sabor a lubricantes dentro de la boca, pero oyó perfectamente un jadeo cercano.

El individuo que estaba cerrando la puerta, se detuvo para preguntar:

—¿Te ayudo?

Una interrogación odiosa por su significado, pensó Regan, continuando en el suelo sus movimientos de oruga.

—No me haces falta —denegó el chofer, que acudía llevando en la diestra, con leve balanceo, una palanca de izador.

La sensación de impotencia exasperó a Regan, que doblando las rodillas y a reculones, consiguió adosarse a la otra pared.

El chofer, siempre con la herramienta asida, se dirigió a la puerta con la intención de cerrarla, cuando hubiera salido el otro, que en el estrecho marco dejado abierto, dijo:

—Ya me reuniré con vosotros en la milla 14.

Y fue entonces cuando Regan, que estaba incorporándose, y buscaba ansiosamente con los ojos enfurecidos algo que le sirviera para repeler la próxima actividad del chofer matarife, creyó en una alucinación.

Una mano femenina acababa de apoyarse por detrás, en la nuca del que iba a salir. Un gesto femenino y suave, sin violencia.

El hombre lanzó un agudo chillido, retorciéndose. La mano femenina dió un cariñoso golpe con el canto de la palma en la carótide, y el hombre que se disponía a salir cayó al suelo, inerte.

Eva Duncan entró, y a pequeños saltos Conrad Regan quiso acudir para defenderla como fuera, aun interponiendo su propia cabeza entre la palanca que esgrimía en alto el chofer, y la

mujercita adorable, sonriente, que penetraba allí como si visitara una perfumería de la Quinta Avenida.

El chófer abatió la palanca, que repercutió ruidosamente contra el suelo, y Conrad Regan dejó de saltar.

Eva Duncan no necesitaba protección varonil.

Era Cinturón Negro, Décimo Grado. Una yudoka deliciosa para el periodista, una infernal bruja para el chofer, que primero creyó recibir una descarga eléctrica en la muñeca derecha, y después el paso de una corriente de alta tensión por su nuca.

La mano izquierda que se llevaba al bolsillo de la guerrera gris, permaneció abierta, como si le resultara ya para siempre jamás imposible cerrar los dedos agarrotados.

Alzó un pie con alevosa intención poco galante. Eva Duncan se apartó un poco, como si cediera el paso a un anciano, cogiéndote del brazo.

Pero cogió un tobillo, y le dió un giro de rotación. Un giro suave, pero contrario a la anatomía del chofer matarife, que trató de salvar los huesos de su pierna, girando el cuerpo.

Cayó sobre sus manos, y un nuevo giro, le hizo aplastar la cara contra el suelo, gritando con agudo alarido, que se apagó en su garganta, porque Eva Duncan, siempre con gestos muy femeninos acababa de recoger la palanca, que después de chocar contra la nuca del chofer, pasó a producir el mismo ruido mate en la otra cabeza más cercana a la puerta.

Eva Duncan se frotó las manos con un pañuelito que despedía un grato perfume, mientras se iba acercando. Sonreía amistosa, con luz picara en los ojazos, y Conrad Regan elevó mentalmente una plegaria:

«Señor: concédeme por esposa a esta delicia, aunque sea campeona de *jiu-jitsu*».

La estopa extirpada de su boca le hizo escupir unos instantes, poco correctamente. Las abrazaderas de sus codos fueron resbalando hacia abajo por sus espaldas, y se inclinó para quitarse él mismo, sentándose al no conseguirlo, la que unía sus tobillos.

—Ha sido por mi culpa, Conrad. Al salir del «Comorin» no encontré su coche prestado, pero sí vi el «Cadillac» de Bert Gentilini. Esperé al volante de un coche cuyo dueño lo estará buscando, y celebro haber llegado a tiempo. Tuve que dejar el

coche en un callejón cercano, y descender a pie hasta esta puerta. Por suerte el exterior está obscuro, o al salir Bert Gentilini, éste hubiese podido verme.

Arrodillado, Conrad Regan se dedicaba a la operación trabajosa, pero que verificaba con embeleso, de atar espalda a espalda, con las dos lazaderas, a los desvanecidos componentes de la pandilla de Gentilini.

—Deduje que Bert Gentilini me hizo espiar, y al verme con usted, el periodista escandaloso, le creyó…

—Eso es. Me creyó lo que no fui —y Regan, en pie, se sacudió las rodilleras, para después acercándose acariciarse la barbilla levemente hinchada—. Esos dos tenían cada uno su automática. Las he cogido también prestadas, porque quiero vaciarlas sobre Jenkins y Gentilini, en la milla 14 de la carretera Norte.

Subió al «Cadillac» para sentarse al volante, y rogó:

—Hágame el favor de abrir la puerta, Eva.

Ella obedeció, pero se interpuso en el umbral abierto, y Regan tuvo que frenar en su marcha atrás.

—Voy con usted, Conrad.

Se apartó para unir la acción a la frase. Regan rezongó:

—Estoy algo avergonzado, palabra de irlandés. En las series de radio, las cosas pasan de otro modo. Es el muchacho quien salva a la muchacha, propinándole al traidor villano la gran paliza.

Iba remontando el «Cadillac» la rampa en marcha atrás. Y al llegar a lo alto, estabilizándose en plano, Regan inició el ademán de apearse.

—Aquellos dos pájaros están seguros, pero si hay un teléfono… —insinuó.

—Creo que sería preferible intentar encontrar cuanto antes a Bert Gentilini.

—Dijo que se reunirían en la milla 14 de la carretera Norte. Diga, Eva… He jurado discreción en todo lo que a usted se refiere, pero ¿no puede relevarme de mi promesa? Usted es demasiado hermosa, para a la vez, acabar de matarme con su misteriosa personalidad.

—Todo a su tiempo, señor Regan. ¿Dijo algo más Gentilini?

—Me chocó que hablara de un colombiano con el que tenía que terminar pronto, y con Tackey… Tackey fué el nombre que citó Red

al decir que esperaba a un amigo que le proporcionaría un gran asunto. Y Bert Gentilini encargó al chofer que me liquidase. Pero ¡por todos los diablos coronados!, ¿puedo saber la razón por la que todo está tan confuso para mí, y estuve a punto de ser desnucado por motivos ignorados?

—Si quiere hacer el favor de conducir hacia la calle 46, a un bar llamado «Ressort», se lo explicaré.

—De acuerdo. Y sepa que si caí en el garlito, fué porque el maldito Gentilini me dijo que usted esperaba en su departamento. Oiga, Eva, usted me atonta por completo.

Ella rió divertida, pero murmuró:

—Acelere a la máxima permitida, Conrad. Me parece que será necesario hablar cuanto antes con Gabriel Turbay, el colombiano a que se refería Bert Gentilini.

—Eminentemente abrumadora es su sabiduría, Eva. Baila usted con Walter Ludington y lo matan la misma noche. Cena a la noche siguiente con el asesino Freddy Gentilini, que ingresa detenido con pruebas aplastantes. Le hablo de Tackey y el colombiano, y al instante estamos rodando hacia el «Ressort», donde seguramente el tal Turbay, la recibirá como una antigua amistad.

—No me conoce de nada. Sólo tiene ojos para ver a Tess Corliss, «*Miss* Luisiana 1946».

—¿Premio de belleza del año pasado? No me fijé en la reseña de este año. ¿Es usted «*Miss* Universo»?

—Cristina quiso que me presentara en el Concurso de Los Angeles, aprovechando que hicimos un viaje allí, pero no me interesa la propaganda. Es la razón por la que la policía no ha citado para nada a Eva Duncan, la segunda componente de la agencia de investigación privada «Eva y Dalila». Verá, es un chiste de Cristina… Ella dice que yo presento la manzana, y ella corta los cabellos…

—Diablos —musitó Regan—. Ahora ya se me quita de encima una tonelada de cábalas y tormentos. ¿Y dice que usted es la segunda, componente de la tal agencia? Deberá uno llevar gafas ahumadas y un tónico cardíaco al alcance de la mano, para enfrentarse con la primera componente de «Eva y Dalila». Calle 46, «Ressort».

—No me acompañe, Conrad.

—Escuche… Antes me dijo lo mismo, y terminé masticando estopa, y sudando a cada balanceo de una barra de hierro…

—Tal vez sea preferible que me ayude a comprobar si Gabriel Turbay que tiene por costumbre reunirse en ese bar con Tess Corliss, sigue esperándola.

El «Ressort» era un local como tantos otros de las cercanías del Broadway. Eva Duncan, seguida por Regan, fué examinando a los concurrentes masculinos que a su vez muy voluntariamente la examinaron, ajustándose maquinalmente el nudo de la corbata.

Se encaminó hacia uno de los divanes en forma de medio arco, donde se sentaba solitario, un individuo achaparrado, de clara tez y cabello muy rubio.

Un hombre de unos cuarenta y cinco años, bien vestido, pero de cara desagradablemente fea, chata y con semejanza a la dé un batracio.

Alzó la vista de su regazo, y miró con desconfianza, en sobresalto de evidente temor.

Pareció aquietarse al sentir en rededor el murmullo de las conversaciones.

—Permítame hablar con usted, señor Turbay.

El colombiano asintió. Y sin saber por qué, Regan intervino:

—Es una buena costumbre el ponerse en pie cuando una señorita nos dirige la palabra en esta tierra.

—En mi tierra, sí; en ésta, no —replicó secamente, en un inglés ceceante el que permaneció sentado—. Pero podemos resolverlo a gusto de los tres. Siéntese, señorita, y encantado de verla. No puedo decir lo mismo del caballero.

—Es recíproco —gruñó Regan.

Sin sentarse, Eva Duncan recitó:

—Dick Tackey ha sido detenido hace poco por los federales. Tess Corliss está en un coche con Jenkins y Bert Gentilini, y este caballero que me acompaña, ha estado a punto de morir en el garaje especial de los Gentilini. Buenas noches, señor Gabriel Turbay.

Eva Duncan dió media vuelta, y Conrad Regan reprimió un vehemente deseo de aplaudir, y alargando la zancada se reunió cerca de una de las puertas de salida con ella.

—Eres soberbia, Eva, eres la perfección quintaesenciada, y si yo

no fuera un mísero gusano, una vil alimaña, me pasaría el resto de vida, suspirando y adorándote, porque…

El colombiano se incorporó a ellos.

—Perdón, señorita, y le ruego también que me perdone, caballero, si he podido parecer brusco y descortés, contra mi carácter, pero desde mi llegada a esta ciudad, he tenido que hacerme proteger por un guardaespaldas: Dick Tackey. Y ahora… ¿qué he de hacer? Les ruego me perdonen… Les ruego me acompañen a la policía, y…

Eva Duncan había seguido andando, y subió al coche. Lo mismo hizo Regan. Junto a la ventanilla, el colombiano apremió:

—Por favor… Tess Corliss corre peligro… ¿Qué debo hacer?

—Suba atrás, señor Turbay. Antes de ponernos en marcha, quisiera saber si Tess había de reunirse esta noche con usted en el «Ressort».

—La estaba esperando a ella, y bastante mortificado porque Dick Tackey me dejó hará cosa de una hora, y no ha regresado…

—¿Faltaba Tess a las citas?

—Alguna que otra vez, y entonces yo iba al «Daisy», un parador de las afueras.

—¿Qué razones tiene usted para temer a Bert Gentilini?

—Tess está en peligro, si está con Gentilini.

—Usted ha hablado de un guardaespaldas, que le protegía las suyas. ¿Lo tiene Tess?

—Ella, no; ella es diferente. Pero esto lo puede explicar mejor que nadie Dick Tackey.

—Podemos ir al Departamento Federal, señor Turbay, y usted allá podrá exponer los motivos por los que cree que Tess Corliss está en peligro, y sin embargo no tenía protección. Los federales tratarán de coger a Bert Gentilini, que dudo permita le lleven a hacerle compañía a su hermano, porque en estos momentos estará convencido de que mi amigo aquí presente. Ha sido desnucado en el garaje. ¿Vamos a los federales, señor Turbay?

—No sé, no sé qué hacer, porque comprenderá que estoy aturrullado.

—No le extrañe, amigo. Le sucede lo mismo a cualquier bípedo del sexo humorísticamente llamado fuerte, cuando se encuentra ante esta deliciosa acaparadora de las perfecciones. Si vamos a los

federales, pueden suceder dos cosas: Que usted también vaya a la cárcel, o que en el tiroteo que se produzca luego, Tess Corliss pierda su premio de belleza y aspire al de virtud en el cielo o más posiblemente al de justa recompensa en el purgatorio. Me llamo Conrad Regan y soy periodista, y esta inmensa maravilla, esta imponente criatura, es Eva Duncan, la que resuelve los misterios más misteriosos. Es casi seguro que saldrá usted ganando si antes de acudir a los federales, le pone en antecedentes de todo a Eva. Tal vez ella, por ser mujer, sepa encontrar el medio de resolver sus preocupaciones, ya que al parecer no desea usted que Tess Corliss sufra daño alguno.

—Pero ahora mismo, mientras estamos hablando, Tess…

—Bert Gentilini anunció que iba a terminar con usted y con Tackey. No debe estar aún dispuesto a hacer lo mismo con Tess, puesto que ella está con Gentilini en su coche.

—Éste es el coche de Gentilini —rebatió el colombiano, que se reclinaba contra el respaldo delantero, secándose de vez en cuando el sudor de la frente.

—Te cedo la palabra, Eva, o si no, al final no voy a saber ni cómo me llamo.

—Gentilini se llevó el coche de Regan, y al conseguir nosotros dos salir del garaje, nos llevamos el «Cadillac». Citó Gentilini como punto de reunión final, la milla 14 de la carretera Norte. Es de suponer que prefirió no acudir a la calle 46, y esperar en mejor sitio. ¿Por qué quiere matarle, señor Turbay?

—Me negué a entregar cien mil dólares a Freddy Gentilini.

—¿En qué basaba su petición Freddy Gentilini?

—Me lo explicó Dick Tackey. Me dijo que era como una «tasa», en argot del hampa de los antiguos *racketeers*. Tendré que ser conciso. Yo conocí a Dick Tackey hace un año en mi estancia de Puerto Wilches. Hice amistad con él, y le prometí visitarle cuando yo viniera a Nueva York. Llegué hace más de un mes, y Dick Tackey me presentó a su novia, que no era Tess Corliss. Me enamoré… y si ustedes conocieran a Dick Tackey, lo sabrían comprender. No es un cínico, y al presentarme a Tess no lo hizo para explotarme, puesto que me advirtió de antemano, que como él ya estaba harto de los caprichos de Tess, si yo me enamoraba de ella, no nos mataríamos. Me reí… pero me enamoré. Yo sé, que no soy guapo… pero Tess

dice que soy bueno, y que el ser un sudamericano rico, es como miel sobre hojuelas.

Volvió el colombiano a secarse el sudor, y prosiguió:

—Dick Tackey reapareció hace unos quince días, explicándome que Freddy Gentilini le había acusado de ser un «cazasudamericanos», y le exigía la «tasa». Es decir, Freddy Gentilini creía que Dick me había presentado a Tess para que ésta me explotara, y le pedía a Dick participación. Dick no discutió, porque no llevaba armas encima. Fingió acceder, y Freddy fijó en cien mil dólares su «tasa». Yo me ofrecí a pagar dicha cantidad, pero Tackey me llamó idiota. Dijo que Tess no corría ningún peligro, porque los Gentilini no se atreverían a raptar a Tess, ya que en seguida tendrían a los federales encima y ningún dinero. Pero que a lo mejor intentaban meterme miedo, y por eso él se ofreció para ser mi guardaespaldas.

—¿Tuvo usted algunos tratos con Walter Ludington, señor Turbay?

—Me visitó para ofrecerme la compra de unos terrenos míos. Me negué, porque aunque son terrenos sin valor, no quiero venderlos. Él insistió, y hasta le noté violento. Llegó a ofrecerme una cantidad muy superior a su valor real. Le advertí que si algún prospector de minas le había dicho que los terrenos en cuestión encerraban algún filón, era un embuste. Elevó Ludington el precio, pero en forma grosera, y le invité a abandonar mis habitaciones del Hotel «Waldorf». Pocos días después de nuestra entrevista, leí que lo había asesinado Freddy Gentilini, pero no sé cuál puede ser la verdadera razón del crimen. La Prensa dijo que Freddy Gentilini lo mató porque Ludington le adeudaba una gran suma, y se negaba a pagarle. Citaba ochenta mil dólares… y sin embargo a mí, Ludington me ofreció una cifra equivalente a doscientos veinte mil dólares por unos terrenos que escasamente pueden ser tasados en diez mil dólares. He dicho cuanto sé, y ahora… por favor, Tess estará…

—Regrese al «Ressort», y espere, señor Turbay —indicó Eva—. Si como supongo, Gentilini le espera por los alrededores del «Daisy», más tiempo seguirá con vida Tess Corliss, porque ahora comprendo que la usa como señuelo. Posiblemente ella le telefoneará, y usted no debe alarmarla. Diga que vaya al «Ressort» y

no se preocupe.

—Ya lo oye, Turbay. No se preocupe. Lo que soluciona en menos de cuarenta y ocho horas Edgar J. Hoover, lo resuelve Eva Duncan en minutos.



¡Mi intento de asesinato por fortuna frustado!

—¿Qué piensa hacer, señorita Duncan? Porque ahora empiezo a creer que sin yo saberlo, al negarme a vender mis terrenos de

Puerto Wilches, causé la muerte de Ludington, y querrá Bert Gentilini vengar a su hermano, al que dicen quería mucho…

—En estos instantes, puede Tess Corliss estar telefoneándole —apremió ella.

Gabriel Turbay bajó del coche, para dirigirse hacia el «Ressort».

Conrad Regan resumió:

—Hay una cadena invisible cuyos eslabones unen a Red Wolfsing, Dick Tackey, Walter Ludington, los hermanos Gentilini, Gabriel Turbay y Tess Corliss, y a la razón social «Eva y Dalila», porque tú desenmascaraste a Freddy Gentilini como asesino de Ludington. Y mientras te dignas adelantar el momento de explicarme todo éste lió, pensemos en Tess Corliss, «*Miss* Luisiana», a la que no le vendría mal le echáramos una mano. Hay motivos suficientes para poner a la sombra a Bert Gentilini. Con pisar el acelerador e ir a denunciar a los federales, el intento de asesinato, por fortuna frustrado…

—El dilema está en que si los federales van allá a detener a Bert y su cómplice, éstos dispararán, pretendiendo escapar, y Tess Corliss no conseguirá su sueño dorado de casarse con un millonario apasionado, aunque sea feo. Nuestra agencia es muy concurrida por mujeres, gracias a que yo sigo conservando el incógnito, y es Cristina la que recite las visitas. Y también en este caso debo seguir conservando el incógnito… teniendo en cuenta que es Schiffers el que empleó a Ludington como hombre de paja para ofrecer dinero a Turbay por terrenos sin valor aparente, y a mí, por conducto de Cristina, la esposa de Schiffers me paga para que éste no consiga su propósito. Ésta era la razón por la que yo bailé con Ludington.

—¿Schiffers, el… el propietario del importante rotativo?

Apoyando el codo en el volante, el periodista Regan renunció a seguir torturando su cerebro. Prefirió contemplar, el hermoso perfil de Eva Duncan, meditativa.

CAPÍTULO III

Red Wolfsing al salir del «Comorin» no entró en el coche en que se hallaba Dick Tackey, sino que el agente le señaló otro más cercano.

Y al ponerse en marcha los dos coches, comentó Wolfsing:

—Sobra personal en los federales, o nos han confundido con otros. Ni yo ni Dick somos energúmenos ante la Ley juiciosa.

—El capitán Robert opinó que era preferible evitarles la tentación de negarse a acompañarnos. No está detenido, señor Wolfsing, sino simplemente requerido a conversar con el capitán Robert.

El capitán Hendrick Robert limpió los cristales de sus gafas cuando, al otro lado de su mesa de despacho, se sentó Red Wolfsing.

—En el contiguo despacho está el señor Dick Tackey. Espero que sus declaraciones coincidan con las suyas, señor Wolfsing.

—Adelante con el chorro de preguntas, jefe. ¿De qué me acusan?

—De nada.

—Entonces, ¿para qué estoy aquí?

—Dijo usted que abriera el grifo de las preguntas señor Wolfsing, pero me está usted inundando.

—Es usted un simpático policía, jefe. Adelante.

—Usted y Tackey son muy amigos.

—Mucho.

—Y ambos saben manejar un avión.

—Hemos hecho mil oficios. También sé manejar un molinillo tostador de maíz.

—Usted ha llegado a Nueva York, a fines del mes pasado.

—Debilidades perniciosas llamadas nostalgias y demás.

—Estaba usted en Cuba. Y recibió una transferencia bancaria a su exhausta cuenta del batel en que se alojaba. Le remitía el dinero

Dick Tackey, con la invitación de trasladarse por el medio más rápido a Nueva York. Vino, y se han entrevistado sólo dos veces. No quisiera ofenderle, señor Wolfsing, pero su temperamento es un poco anárquico y bullicioso. Lo es también el de Dick Tackey. ¿Le resultaría muy molesto explicarme de qué hablaron ustedes en sus dos entrevistas?

—La primera vez recordamos el pasado, y le di las gracias por el dinero. Si él está apurado y me sobran, le envío, y viceversa. La segunda vez, me indicó que nos podíamos dar un viaje hacia el Canadá, donde instalar una serrería era un negocio.

—Ya… ¿El truco contra la Gestapo?

—¿Qué es eso?

—Por las calles de Alemania, cuando dos hombres conversaban, llegaban de pronto dos policías de la Gestapo, y los separaban. Les preguntaban de qué estaban hablando, y si no coincidían en su exposición… Por eso, los alemanes contrarios al régimen, se ponían de acuerdo antes.

—Caramba, jefe. Ni usted es de la Gestapo ni yo soy alemán, ni pienso conspirar contra el Estado.

—Esta tarde, usted y Tackey se iban a reunir en el «Comorin». ¿Para hablar de qué?

—Ver un catálogo de serrerías, y estudiar precios.

Suspiró el capitán Robert, bajando la palanca de un dictáfono, que comunicaba con el despacho anexo.

—… Repita, resumido, lo que declara el señor Tackey que era el supuesto motivo de sus conversaciones con el señor Wolfsing.

La voz policial, al otro lado del tabique, resumió al dictáfono:

—… El señor Tackey manifiesta que recordaron el pasado en la primera entrevista. En la segunda, planearon unas serrerías en el Canadá. Y para examinarlo en la que hoy debían sostener, llevaba un catálogo de…

Bajó Robert la palanca, haciendo enmudecer a su auxiliar.

Red Wolfsing presentaba un semblante de absoluta inocencia.

—Usted ya sabe que mataron a Walter Ludington, que muy en privado le diré era hombre de paja de Theodor Schiffers. ¿Desea negar que usted ignora que el dinero que posee Dick Tackey procede de los fondos particulares de Theodor Schiffers?

—Nada me ha dicho Dick de que estaba ganando dinero

escribiendo reportajes.

—Le consta que Dick Tackey prefiere un mando de avión o la culata de una ametralladora, a una máquina de escribir.

—Es cierto que le gusta el ruido.

—Escuche, Wolfsing. Ha muerto Ludington, y su asesino, Freddy Gentilini se está beneficiando del apoyo secreto y financiero de Myrtha Westland, la esposa de Schiffers. Usted y Tackey saben algo que están ocultando. No puedo demostrarlo, pero trataré de hacerlo, si usted persiste en esta actitud.

—Yo quisiera que usted y yo nos separásemos como dos buenos amigos, jefe. Pero ni sé quién es Schiffers ni me interesan las esposas, porque prefiero las solteras.

—Cuando le calce las esposas, señor Wolfsing, lo lamentaré.

Bajó el capitán Robert la palanca, y dijo:

—… Que entre en mi despacho el señor Tackey.

Por una puerta lateral se presentó un atleta sonriente, muy elegante.

—¡Hola, hola, pero si éste es el condenado haragán de Red Wolfsing! Muchacho, ¿ya te has peleado de nuevo con algún…?

—Oiga, Tackey, no me tome por más estúpido de lo que soy. Siéntese si quiere, y dígame las razones por las que recibe usted dinero de Theodor Schiffers.

—Anda, díselo ya de una vez, Dick —invitó Red— y vámonos a tomar algo, que tengo la garganta reseca.

Dick Tackey se pasó los dedos por el crespo cabello. Era un gesto destinado a Red Wolfsing para hacerle saber que iba a «entrar en barrena».

Iba a mentir, pero tenía preparado el aterrizaje.

—Un día me puse a pensar que los aires del Canadá son gloria pura. Una serrería, los troncos bajando por entre la espuma…

—Sin literatura, Tackey.

—Pero no tenía un centavo. Fui a ver a Theodor Schiffers, y le dije que si me prestaba cien, yo le devolvería ciento diez en acciones saneadas al cabo de un año. Aceptó, y yo pensé que Red era el más indicado para ser mi compañero de vuelo.

El capitán Robert se puso en pie. Para él no existían simpatías, sino delincuentes probables, asesinos en potencia, criminales convictos.

—Bien, señores. Ya me han demostrado que son hábiles, y ahora me toca a mí demostrarles que no soy torpe. Tengo la convicción de que hay algo turbio en la muerte de Walter Ludington, que de lejos o de acercar, se relaciona con ustedes dos. Lo demostraré. Y les hago esta advertencia, porque en el fondo, les tengo cierta simpatía. Pueden presentar una reclamación legal si se consideran vejados en sus derechos de ciudadanos, al haber sido requeridos a visitarme.

—Dick y yo no estamos vejados, jefe. Y si la muerde de Ludington le amosca, apártenos a él y a mí de sus cábalas.

—Buenas noches.

Wolfsing y Tackey ondearon la diestra, en gesto similar al piloto que anuncia que el contacto está puesto.

Apenas hubieron salido del despacho de Robert, éste pasó al contiguo a la derecha del suyo.

Un hombre aparecía esposado, en pie, acompañado de dos agentes que le vigilaban a distancia.

Freddy Gentilini, aun esposado, tenía una calmosa arrogancia, una actitud de aplomada seguridad en sí mismo. Miró con aspereza al que entraba.

—Creí que ya habíamos terminado de molestarnos mutuamente, capitán. Yo declaré, usted me detuvo, ¿qué más quiere?

El capitán Hendrick Robert nunca pisaba en falso.

—Me ha defraudado desde el primer instante con su defensa, Freddy. Una defensa absurda.

—Que le demuestra soy sincero. O si no, la tendría mucho mejor, y más convincente. ¿He de repetirlo?

—Hágalo, si quiere.

Freddy Gentilini, guapo y más joven que su hermano, no estaba aún empastado por el exceso de molicie en sobremesas prolongadas.

—Lo que dije apenas usted me colocó las esposas, algo alevosamente, capitán, es la pura verdad. El viernes, la noche ya avanzada, me telefoneó Ludington, citándome a las tres en su piso. Hace tiempo que me debía ochenta mil, y pretextaba que era un negocio en que le engañé, para no pagarme. Fui, porqué juró pagarme. Prefería que no hubiera testigos, según me dijo por teléfono, y lo consideré natural. Pero tomé la precaución de ir armado. Tengo derecho, ¿no?

—La licencia para uso de arma larga y corta, está en regla,

Freddy, Pero no para cazar seres humanos.

—Un chiste malo, capitán. Bien, al llegar al piso ático de Ludington encontré la puerta entornada. También normal, porque me esperaba, pero entré alerta. Llegué al salón donde había luz, y de pronto vi la cortina con un cuerpo escondido, que asomaba una mano con pistola. Apreté el gatillo una vez, y la cortina bailó, porque Ludington se aplastó como un sapo sobre el suelo. Perdí ochenta mil dólares, ésa es la verdad. Salí pitando, muy seguro de que ustedes no admitirían que obré en legítima defensa. Y usted el domingo me demostró que la bala que entre ceja y ceja tenía Ludington, era de mi propiedad.

—Escuche, Freddy. Un hombre que le espera tras una cortina, pistola en mano, hubiera disparado. La única huella de bala, era la que usted incrustó en el cerebro de la víctima.

—No es mi culpa, si en la guerra, me aficioné al tiro. Mi culpa está en que habiéndome dedicado a vivir bien, no tengo buena fama, y no podía venir a visitarle a usted.

—Si lo hubiese hecho, tal vez habría prosperado su tesis de legítima defensa. Ludington era el testaferro para negocios privados de Theodor Schiffers, y la esposa de éste, Myrtha, está movilizando recursos para sacarle lo mejor posible de este asesinato, Freddy. Usted cree que va a salir con bien, y yo le garantizo una condena larga, porque pretender engañarme, me pica el amor propio.

Freddy Gentilini se encogió de hombros, con aparente resignación.

—Mala suerte, si por una vez que digo la verdad, le pico el amor propio. ¿Qué más le pica, capitán?

—Acabo de interrogar a dos amigos suyos. Tackey y Wolfsing.

—Tanto como amigos… Dejémoslo en conocidos, y gracias. Coincidimos allá por las islas infestadas de japoneses, y nos corrimos alguna juerga juntos. Dos muchachos divertidos, pero terminó la guerra, y adiós, si te he visto no me acuerdo.

—Tengo un informe que me garantiza que Tackey recibió dinero de Teo Schiffers, el hombre que empleaba a Ludington como hombre de paja. Resulta extraño que usted mate a Ludington, y que la esposa de Schiffers, intente solapadamente emplear su mucho dinero y sus muchas amistades, para sacarle a usted lo mejor librado posible. Y usted, como Tackey y Wolfsing, confían

demasiado en que somos estúpidos.

—Si usted fuera un estúpido, yo no tendría estas esposas. Pero confiese que le ayudó una pécora llamada Eva Duncan. Yo le ofrecí una cantidad para que dijera que la noche del viernes, a partir de las once había estado conmigo hasta las cuatro de la madrugada, y la…

—Eva Duncan no le delató, Freddy. Nos bastó la bala, y atar cabos.

—Como quiera, capitán. ¿Y para decirme eso me han traído aquí?

—Está aquí porque le ofrezco una oportunidad. Dígame las verdaderas razones por las que mató a Ludington, y se beneficiará.

—No puedo inventar misterios para complacerle, capitán.

—¿Por qué se interesa tanto por usted Myrtha Westland, la esposa de Teo Schiffers?

—Pregúnteselo a ella.

—Lo haré a su debido tiempo. Llévenselo.

Los dos agentes avanzaron, y Freddy Gentilini, asido por los codos, abandonó el despacho, donde al poco entraba el agente que había requerido a Red Wolfsing en el «Comorin» para acudir ante Hendrick Robert.

—Ha tomado usted nota de las tres conversaciones, Benson. Y esos tres saben mentir. ¿Qué opina?

—Me agradaría hablar con Myrtha Westland.

—Y a mí también, Benson. Y a la menor insinuación que hiciéramos, se nos echaba encima el gran poder. Schiffers y ella, son escandalosamente ricos en dólares y en papel impreso. No podemos insinuar, Benson, porque sin ser profeta yo le voy a resumir el guión de lo que ocurriría. Usted va a besar la mano de Myrtha y más o menos le confiesa su extrañeza porque ella emplee sus recursos en defensa del asesino del testaferro de su esposo. Y ella le sonríe, no contesta, y se limita a coger un teléfono, y comunicar con alguno de sus periodistas. Rápidamente, nos acusan de malévolos inconscientes, como mínimo. No importa que usted y yo, estemos convencidos que la solución de este misterio, nos la podrían dar los esposos Schiffers. Lo que importa es que ellos no nos la darán, y nos toca demostrarlo.

Harry Benson alzó un índice, como el colegial que desea

demostrar que se sabe la lección.

—Myrtha está en Reno, tramitando los últimos pasos para el divorcio, señor.

—Al otro lado del continente y… Un momento, muchacho. Usted tiene buen aspecto, y Myrtha, lejos de Nueva York, no pensará que usted puede ser un federal. Intente lo que sea, pero privadamente. Yo no le autorizo. Le firmo ahora mismo, una licencia en disfruté de vacaciones por quince días, sin atribuciones en servicio. Gracias, muchacho. Creo que usted puede hacerle preguntas a Myrtha, sin que yo pierda el cargo. Esmérese.

CAPÍTULO IV

En la calle, caminaron en silencio Dick Tackey y Red Wolfsing, que seguía la iniciativa en la caminata de su amigo.

—¿Vamos bien, Dick? —inquirió Wolfsing, cinco minutos después.

—Es el rumbo hacia el «Ressort», donde mi colombiano me estará esperando intranquilo.

—Conmigo no entres en barrena, chiquito. No te preguntaba a dónde íbamos, sino si seguimos el vuelo. Ya están los federales con la mosca tras la oreja.

—Zumban, pero no pueden picar. Todo está bien atado.

Red Wolfsing se quitó las gafas para poder hablar con los ojos. Tackey esperando la señal del paso para peatones, gruñó:

—No seas idiota, Red.

Atravesaron la calle, y Red Wolfsing especificó:

—Va bien, va bien. Yo sé que si tuvieras algo que ver con la muerte de Ludington me lo habrías dicho. Pero los federales no son unas comadres habladoras.

Y bien claro aludió el capitán a Schiffers.

—¿Te acuerdas aquella vez que nos ordenaron bombardear unos tanques de gasolina en Guam? Cuando nosotros llegamos estaba ardiendo la nafta, y al regreso nos felicitaron. Tuvimos que explicar que otro se nos había anticipado, y casi no nos creían. Pues ahora está pasando algo parecido. Schiffers me paga para un asunto que nada tiene que ver con la muerte de Ludington, pero éste muere, y los federales, nos quieren colgar la medalla, porque no ven claro que la esposa de Schiffers esté tratando de sacar a Freddy. Y yo te digo que es asunto ajeno a nosotros dos. Lo nuestro está claro.

—¿Sí? Clarísimo, despejado como el cielo de enero por noche de

tormenta sobre un volcán del Caribe. Y te voy a dar la prueba. ¿No me dijiste que yo observara disimuladamente los pasos de Eva Duncan? Lo hice, sin preguntarte la razón. Ahora la pregunto —concluyó Red.

—Schiffers me lo pidió, porque según él, Eva Duncan está al servicio de su esposa. Y por lo visto, teme que Myrtha por mediación de Eva, le pise el gran negocio colombiano. Son cosas que pasan, Red. Ellos dos, se amaban, y ahora van a divorciarse. Estoy seguro que Myrtha, si le pudiera pisar el gran negocio colombiano al que pronto será su ex marido, estaría muy contenta. Una manera de jeringar, ¿comprendes?

—No comprendo nada. No vas a hacerme tragar que Myrtha, para gastarle una broma a su ex maridito, ordenó a Gentilini que matara a Ludington, y que…

Se detuvo, porque el gesto de Tackey había sido elocuente. Colocarle la palma en el pecho en golpe seco, preventivo.

Estaban en la esquina de la 46, y Tackey murmuró:

—El tercer coche, un «Cadillac» aparcado ante el «Ressort»; ¿lo ves?

—Lo veo, pero nos da la espalda, y no nos ven los de dentro.

—Es el «Cadillac» de Bert Gentilini. Un chico que quiere mucho a su hermano, al que mi colombiano no quiso entregar cien mil dólares.

—Vaya, otro follón. Oye, chiquito, siempre me han gustado las sorpresas que mutuamente nos reservamos, pero creo que esta vez va a haber castaña.

—Al volante una mujer, y a su lado, un hombre. Nadie atrás, a menos que estén agazapados esperando la salida de Gabriel. Bert Gentilini es un poco bruto, y al no tener la tutela de su hermano menor, es capaz de querer acribillar a Gabriel. No me conviene. Vamos a dividir las fuerzas. Bert no te conoce. Vete por el flanco izquierdo, y llégate hasta el «Cadillac» con disimulo. Mientras me meteré en el «Ressort» como mejor pueda, sin llamar la atención del «Cadillac». ¿Te bastan dos minutos para acercarte a ver si hay gato encerrado?

—Dos minutos es toda una vida, chiquito.

Ambos se separaron. Tackey para retroceder, y Wolfsing para atravesar la calle en diagonal, silbando hacia el cielo. Supo sortear

con habilidad un «taxi», cuyo chofer le dedicó varios epítetos sonoros.

Y otro epíteto sonoro le recibió, cuando se aproximaba a los coches aparcados.

—¡Granuja!

Y asomando la cabeza por la ventanilla del «Cadillac», Conrad Regan, riendo, añadió:

—Eres un talento, Red. Te vas con un federal, y regresas silbando como si tal cosa, y precisamente aquí, donde estoy yo.

—Buenas noches, Eva. Me reanima el alicaído espíritu, volverla a ver tan pronto. ¿Quién te acarició la barbilla, chiquito?

—No me creerás si te lo cuento, Red. Oye… ¿y Tackey?

—Por ahí anda.

Intervino Eva Duncan.

—Sería conveniente. Señor Wolfsing, que le dijera a Tackey que es urgente que se reúna con un señor colombiano llamado Turbay. Precisamente estábamos Conrad y yo, tratando de ver cuál era la mejor solución para…

Red Wolfsing, con un pie en el estribo, se giró a medias. Acudía Dick Tackey y tras él, un poco jadeante, Gabriel Turbay.

—Les presento a Dick Tackey —dijo Wolfsing.

Dick Tackey miró con agrado a Eva Duncan, junto a cuya ventanilla se colocó.

—El tiempo es oro, y este «Cadillac» no les pertenece —sentenció Dick—. Es pues lógico que lo devolvamos a su dueño. Iremos mi colombiano y yo. Según me dice mi colombiano, usted es periodista, amigo. Háganos un favor, ¿quiere? No publique nada referente a Bert Gentilini. Es un ciudadano equivocado, y no quiero vuelva a equivocarse. Yo le puedo convencer de su error.

Conrad Regan, bajando, replicó:

—Prefiero que Eva se aparte de acciones directas, pero no estaría de más que supiera usted que Bert Gentilini le está esperando para liquidarlo.

Eva Duncan abandonó también el coche, en cuyo asiento posterior se abanicaba Gabriel Turbay.

Penetró al volante Dick Tackey, y a su lado se sentó Wolfsing, que dijo al periodista:

—Después te explicaré, chiquito, si prometes no escribir una sola

palabra. Gracias. Nos veremos en el «Comorin» hacia las once… espero.

El «Cadillac» maniobró rápido y diestramente, alejándose. Eva Duncan comentó:

—Ellos lo solucionarán, Conrad. Y a las once en el «Comorin», le aclararé lo que desee saber. Ahora tengo qué entrevistarme con Cristina.

—¡Diablos! ¡Mis quinientos dólares!

—¿Qué le pasa?

—¿No te acuerdas? Lo pedí prestado el «Cónsul» para apabullarte. Y ahora con Jenkins y Gentilini dentro, y estos energúmenos hacia allá, ¡adiós mis quinientos dólares!

Ella riendo alcanzaba ya el «taxi» que había llamado. Conrad Regan, a solas, estaba más intrigado que nunca.

Lo mismo le sucedía a Red Wolfsing, que por encima del hombro estrechó la mano que le presentaba desde atrás Gabriel Turbay.

—Éste es Red, mi único amigo constante, Gaby —decía Dick—. Tendré que contarle algo. ¿Te hablé de Tess, o no te hablé, Red?

—No me hablaste —dijo, ceñudo, Wolfsing—. Y echa un vistazo al cuentamillas. No rebases la zona de multa.

—Tess Corliss ganó el año pasado el premio de belleza en Luisiana. Se enamoró de mí. Cosas que pasan cuando uno es como es. Pero empezó a hablarme de una casa, una cocina con despensa bien provista, y me batí en retirada. Llegó este viejo Gaby, y le advertí del peligro cuando le vi enamorarse inflamadamente. Tess está magnífica, y es buena chica. Total, que Gaby, dispuesto a suministrar la despensa de la cocinita blanca de la casita con piscina, me libra de Tess. Y entonces, Freddy Gentilini se pasa de listo. Cree que yo he engatusado a Gaby, y me pide participación en los beneficios. Gaby iba a dárselos, y le quité la tontería de la cabeza… ¡Animal!

El «Cadillac» acababa de rozar el parachoques de un coche que surgió de una calle, a la izquierda. Atrás, Gabriel Turbay había cerrado los ojos, arqueándose sobre el respaldo delantero ante la inminencia del choque.

Red Wolfsing encendió un cigarrillo, y comentó:

—El animal eres tú, cabezota del demonio. No te arrimes tanto.

—Freddy amenazó a Gaby, y yo me ofrecí para guardarle las

carnes a mi colombiano. Y ahora, el estúpido de Bert debe creerse que si su hermano va de cabeza a una penitenciaría, algo de culpa tenemos nosotros dos. Y espera cerca del «Daisy» con Jenkins, su favorito pistolero. Está con ellos dos, con las manos atadas, Tess. ¿Ves el objetivo, Red?

—Veo otro follón en perspectiva. Escucha, chiquito… Yo vine a ayudarte a…

Un leve rodillazo que recibió, hizo que Wolfsing prosiguiera con una variante:

—… Ayudarte a emprender la compra de serruchos para el Canadá, pero te certifico que si antes de que el gallo cante, no cantas, me largo.

—Cantaremos, Red. En la milla 14 de esta carretera, está el objetivo inminente. No te preocupes, Gaby. Verás cómo Red empieza a carburar. Situación a las… a las siete cuarenta y tres, volando a sesenta por carretera sin obstáculos, comunica piloto Tackey.

Red Wolfsing rió roncamente.

—No tienes remedio, chiquito. Estás como una cabra cuando huele yerba, y lo peor es que me pasa lo mismo. Es de suponer que los llamados Jenkins y Bert, a la que te vean con Gaby, apretarán gatillos, y puede vuestra novia…

—Ya lo es de Gaby, por entero y lealmente.

—Y se trata pues de que «el premio de bellezas» no sufra deterioros. Si éste es el coche de Bert, le extrañará verlo llegar, con un individuo solo al volante. Un desconocido. Yo.

—O puede haberte visto hablando conmigo —sugirió Tackey.

—Puede, pero si yo me arrimo suavemente, y bajo, no dispararán. Entre tanto, tú… Mira si no sacas partido de la situación, te retiro la confianza, chiquito.

—Señores… —susurró Turbay—. Están corriendo un riesgo que me pertenece.

—Dick ya le dará su ración de riesgo, Gaby. El objetivo a alcanzar consiste en que Tess quede intacta, y Dick pueda charlar amistosamente con dos individuos de armas tomar. Vamos a terminar de discutir el golpe, chiquito.

* * *

Bert Gentilini, acostumbrado ya a la obscuridad, miró de nuevo su reloj.

—Son las ocho, premio de belleza. ¿A qué hora puede acudir tu saco de dinero con dos patas?

Tess Corliss, reclinada contra la ventanilla, cerrados los ojos, gimió:

—Hacia las ocho y cuarto solía llegar, si yo no iba al «Ressort».

—Quedan quince minutos. Y a lo convenido, Jenkins. Cuando aparezca el «Lincoln» hazla bajar a ella. Escucha, *Miss* Luisiana… Echarás a correr hacia el «Lincoln», y si logras que se detenga, te juro que no te pasará nada, si sabes apartarte a tiempo. En el fondo, a ti no te va ni te viene en esto. Pero los dos cerdos…

En el ensanche de la carretera el «Cónsul» detenido, con los faros apagados, tenía en Jenkins al volante un experto conocedor, que sabía definir marcas, antes de ver pasar el coche, por el ruido del motor.

Y no se equivocó al decir:

—Un «Cadillac», patrón. A poca marcha, y…

El «Cadillac» a poca marcha se detuvo. Y el que lo conducía, se apeó, avanzando hacia el «Cónsul».

Bert Gentilini murmuró rápidamente:

—Enfócale, mientras voy a ver quién es, y por qué trae mi coche.

Los dos faros restallaron dando de lleno sobre Red Wolfsing, que se detuvo. Los faros se apagaron cuando ya Bert Gentilini estaba a un lado de Wolfsing, cuyas gafas negras que se puso al bajar del coche, le evitaron el deslumbramiento.

Pero fingió estar deslumbrado…

—¿Quién eres tú, y qué te pasa? —inquirió Bert—. No muevas un dedo, porque hay quien te atiende. ¿Cómo sabías que estaba yo aquí, y por qué estás al volante de mi coche?

Red Wolfsing replicó:

—El dueño del «Cónsul» se ha escapado, y es un periodista. Se fué directamente a verse en el «Ressort» con un colombiano…

Crispados los puños, Bert Gentilini avanzó un poco la cabeza, agresivo.

—¿Y tú, quién eres? ¿Qué…?

Red Wolfsing estimó transcurridos los dos minutos desde que

detuvo el «Cadillac». Su parte de labor exploradora estaba cumplida.

Se agachó bruscamente, y de costado empujó, alzando a la vez un brazo encorvado.

Bert Gentilini se inclinó con la misma brusquedad, pero involuntariamente, y enlazado por la cintura, describió una voltereta casi circense.

Pesaba, y chocó ruidosamente en el suelo con las espaldas y cabeza. Sobre su pecho se sentó a horcajadas Red Wolfsing, apretando con recios muslos, los brazos del rabioso yanqui siciliano.

—No quiero pelear, «macaroni», pero si te encabritas, hincaré espuelas.

Alguien se inclinó, y unas manos recorrieron el cuerpo de Bert Gentilini, mientras Red Wolfsing «desmontando», se enderezaba.

—Cuidado con los nervios, Bert —advirtió Dick Tackey—. Ya me conoces, y no soy abusón. Tu ayuda de cámara está con un fuerte dolor de cabeza, pero sanará cuando le des aspirinas, vendaje y unos puntos de sutura. Te estaba protegiendo desde el volante, y ni se enteró de que yo le di con la manivela de tu «Cadillac» en lo alto de la coronilla. Me gustaría saber por qué querías liquidarme, Bert.

Bert Gentilini se incorporó fatigosamente. Pasaban coches intermitentemente, en los dos sentidos, a bastante velocidad…

Red Wolfsing contempló el «Cónsul» que, faros apagados, siluetaba en su interior a una pareja abrazada.

Bert Gentilini, resoplando, trató de reajustar su ropa…

—El periodista se salvó y no tardarán en buscarte los federales, Bert —agregó Dick—. Y estás muy equivocado al suponer que mi colombiano o yo tenemos nada que ver con la detención de Freddy. Te voy a demostrar que soy pura miga de bollo mantecoso, Bert. Si me contestas limpio, podrás meter en tu «Cadillac» a Jenkins, y largarte a cien por minuto, hacia cualquier topera. ¿Por qué quisiste hacerle pupa al periodista?

Bert Gentilini agachó la cabeza, terminando su mental estudio de las ventajas a su favor. Eran nulas.

—Iba con Eva, y ésta engatusó a mi hermano.

—Ya. ¿Y por qué querías liquidar a mi colombiano?

—Freddy me contó que te negaste a pagar la tasa, y me dijo que si le metían en chirona, os quitase de en medio a los dos.

—Le metieron entre rejas porque mató a Ludington, y ni Gaby ni yo hemos dicho una sola palabra de la tasa. Conque, atiende mi amistoso consejo. Vas a largarte, y si reapareces, y los federales no te atrapan, yo te dejaré como una criba, para emplear tu léxico. «Andiamo, presto, súbito, a la baionetta, Bertino». Supongo que habrás comprendido que quiero decir, «a la camioneta», o sea tu «Cadillac». Mi compadre está ya transportando a tu ayuda de cámara.

Red Wolfsing arrastraba cogido del cuello al inerte Jenkins, al que introdujo dentro del «Cadillac».

Bert Gentilini miraba con recelo a Dick Tackey, que comentó:

—La única trampa la que me preparabas, Bert. No me interesa entregarte a la policía, porque tendría que reconocer que ante una amenaza de tu hermano, no acudí a la policía, y me largarían un mes de celda.

—Casi me dan ganas de pedirte perdón —rezongó Gentilini—. Pero como Freddy me dijo…

—Ya sé, ya sé. Pero lo dijo cuándo aun no sabía que iba a matar a Ludington. Un momento, Bert, antes que subas. Ya tendrás tiempo de llegar a la frontera, porque el periodista no irá a la policía, hasta que no aparezca su reportaje. Te he demostrado que fui amigo de Freddy, y que podrías estar con la cabeza haciendo juego con la de Jenkins. ¡Va la bola! ¡La última pregunta, señores! Lo tomo a guasa como corresponde entre nosotros. ¿Por qué mató Freddy a Ludington?

—Ludington se lo quiso cargar.

Dick Tackey avanzó un paso, y bajo su sobaco, el «Thompson» cogido en el «Cónsul», enderezó el cañón con delicado toque del índice.

—La versión sería que me defendí de tu ataque, y Tess atestiguaría, Bert. Por favor, no me engañes, querido, que tengo un dedo encariñado con el gatillo.

—No… no terminé de hablar, Dick… Palabra… Además, sé que tú no eres un chivato… Me dijo Freddy que llevaba un gran negocio, y que pagaba Myrtha Schiffers… No me dijo más, pero como Ludington cobraba de Teo Schiffers, pues a lo mejor…

El «Thompson» volvió a apuntar hacia el suelo y Tackey sonrió:

—Adiós, Bert. Y suerte por otras tierras. «¡Súbito, presto!».

En carrerilla decidida, Bert Gentilini penetró en el «Cadillac», instalándose presuroso al volante.

Dick Tackey quitó el peine del ametrallador, que arrojó al interior. El peine cargador lo tiró entre las malezas, por encima del «Cónsul».

El «Cadillac» partió embalado a fondo.

—Este llega a la frontera sano y salvo. El amor fraterno todo lo absuelve. Era un bruto y nada más.

—Y no te convenía que hablase con la policía. Escucha, chiquito: Gaby y tu novia están arrullándose, y podemos charlar tendido. ¿Espero a que cante el gallo?

—Yo tengo un kikirikí melodioso, y te consta que es así. Ha llegado la hora de tú perfecto derecho a saber cuánto quieras, ya que las complicaciones imprevistas lo requieren. Estiremos un poco las piernas, y no te cohíbas preguntando, Red.

—Me dijiste que Schiffers, sabedor de que eras amigo de Gabriel Turbay, te propuso atraerlo a Nueva York, donde Ludington le propondría la adquisición de unos centenares de acres de terreno en Puerto Wilches. Cuando el terreno fuera propiedad de Schiffers, empezaría la gran aventura. No te pregunté más, y tú me explicaste la gran aventura. Magnífica, pero no estaba incluida en ella, la muerte de Ludington. Primer disparo. ¿Tess Corliss formaba parte del plan de Schiffers?

—No diste en diana, porque Schiffers se limitó a indicarme que si fallaba Ludington, yo por mi amistad podía intentar convencer a Gaby, sin despertar recelos en éste.

—Ya sé para qué sirven los terrenos de Gaby, que son los únicos adecuados estratégicamente, para la gran aventura. Y me agrada saber que no te has valido de Tess, porque me hubiera reventado esta suciedad.

—Sigue hinchado, Red. Yo no empleé a Tess, pero si ahora puedo lograr que ella me ayude, lo haré sin repugnancia. Hay que conseguir que legalmente, podamos disponer de los terrenos de Gaby.

—De acuerdo. Y ahora dime: ¿por qué diablos Myrtha envió a Freddy a matar a Ludington?

—No nos incumbe. Y además, Bert dijo que su hermano cobraba de Myrtha, pero no significa esto que recibiera pago para matar.

¿Ese periodista amigo tuyo, tiene tu plena confianza?

—Cuando en el frente nos separamos tú y yo, él fué mi mejor compinche.

—Entonces, consigue que se calle.

—Él se callará, pero ¿y Eva?

—Veré a ver lo que dice Schiffers. ¿Algo más?

—Despabila a los tórtolos, que quiero cenar.

Al dirigirse Tackey hacia el coche, de su interior salió Gabriel Turbay, con las manos extendidas y radiante sonrisa.

—¿No te basta con Tess? Atrás, Gaby, que tu abrazo sería de Judas. Me birlaste la novia y conseguiste que ella olvidara mis encantos.

El colombiano, asiendo por los hombros a Tackey, lo sacudió amistosamente, y manifestó:

—Oí como le metiste el miedo en el cuerpo a Gentilini, y Tess asegura que ya nada hemos de temer, porque Gentilini desaparecerá por una temporada.

—Mañana me lo cuentas, Gaby. Ahora invita a Tess a cenar al «Daisy», que bajo la luna será un romántico paseo, y dejad libre el coche, que mi amigo y yo vamos a cenar.

—Con nosotros.

—Ni hablar. ¿Verdad, Tess?

La rubia belleza que se había aproximado y se apoyaba en el hombro de Gabriel Turbay, sonrió nerviosamente:

—Dice Gabriel que si le pides un millón, le parecerá poco.

—Es que tú vales cientos de miles de millones, Tess. Mañana nos veremos Gaby.

Red Wolfsing estaba ya sentado junto al volante, que cogió Tackey. Cuando dejaban atrás a la pareja, dijo Wolfsing:

—Enternecedor, de veras. ¿Este coche, de quién es?

—Supongo que de Eva o del periodista. Con dejarlo delante del «Comorin», resuelto. Nosotros vamos a ver a Schiffers. Es hora ya de comprar los serruchos, ¿no?

—En efecto. Que a eso vine yo. Además, empiezo a sentir curiosidad por Schiffers, aunque en realidad me inspira mayor intriga su esposa Myrtha.

CAPÍTULO V

Myrtha Westland, alta y señorial, poseía una natural distinción y brillaba mucho en sociedad. No era bonita, aunque en determinados instantes, era más seductora que una hermosa mujer.

Morena de blanco cutis, había momentos en que su rostro irregular de estrechos ojos y larga nariz, plasmaba decisión enérgica, viril…

Pero socialmente, poseía una máscara de cortés sonrisa y muy dulce conversación, que sabía matizar con amable ironía. La que empleó cuando en el pisito, del que poseía una llave, entró su legítima propietaria.

—Su puntualidad ha fallado, Eva.

—Usted me cablegrafió diciendo que tomaría el avión desde Reno que llega a las siete, y como convinimos nos entrevistaríamos aquí, señora Schiffers. Pero a las siete, la novia de Gabriel Turbay corría peligro, del que estará ya a salvo, supongo. Ésta es la causa de mi tardanza, señora Schiffers.

—Le cablegrafié en respuesta a su cable, Eva. Muy discreto, pero supe leer entre líneas.

En la mesita, bajo la pantalla, aparecía el verde papel alisado, que en mayúsculas decía:

«MYRTHA WESTLAND. HOTEL “BONANZA”. RENO.

»CONSIDERO ESENCIAL OBTENER DATOS COMPLEMENTARIOS.

»*DUNCAN*».

—Del mismo modo que en el estado de Nevada puedo emplear mi nombre de soltera, usted tiene derecho a sólo emplear su apellido, Eva. Y aquí estoy. Pienso cenar en el avión de regreso, que sale a las diez y quince de esta noche.

Eva Duncan sentándose, miró hacia el techo, juntas las yemas de los dedos.

—Es preciso un pesado proceso de vuelta atrás, señora Schiffers. Usted, como otras señoras, sabía que nuestra agencia, contra lo que suponen ciertos esposos, no es indiscreta. También sabe que Cristina y yo cobramos honorarios elevados, porque empleamos nuestra malicia innata de mujer, en tratar de ayudar a otras mujeres. Pero cuando usted vino a visitarme aquí por vez primera, yo le advertí que habíamos de ser plenamente sinceras… en la medida de lo femeninamente posible.

—Fui casi virilmente sincera, Eva.

—Estoy recapacitando, señora Schiffers. Usted me dijo que su esposo del que iba a divorciarse, estaba iniciando secretos negocios, que si fracasaban le causarían mucho enojo. Me dijo que Walter Ludington debía interesarse por una mujer lo suficiente para sentirse confidencial, en un momento dado. Que yo debería ser esta mujer, y que debía llegar a averiguar en qué consistían los secretos negocios de su marido. Me firmó usted un cheque por cinco mil, y se marchó a Reno. Habrá leído los periódicos de Nueva York, en Reno, supongo.

—Ludington no era de esos hombres cuya muerte produce pena.

—Pero no deja de ser un asesinato, señora Schiffers. Y Freddy Gentilini, al que yo conocía de tiempo atrás, me propuso el sábado por la noche una buena cantidad para que yo jurase que el viernes hasta las cuatro de la madrugada estuve con él. Mi agencia es tan discreta que son contadas las personas que saben que soy investigadora. Me dijo Freddy que había tenido un incidente, pero que usted le sacaría de apuros. Yo me negué a seguir escuchándole, y él entonces me hizo prometer que si le detenían, me callaría. Me he callado, pero le puse a usted este cable.

—¿No supondrá que yo ordené a Freddy que matara a Walter?

—Los federales pueden suponerlo.

—Los federales son inteligentes, querida.

—Usted también, señora Schiffers.

—Comprenda que si yo hubiese ordenado a Freddy que matase a Walter, no estaría intentado sacarlo de la cárcel, y lo lograré, si fracasan mis influencias, hablando claro.

—Se lo agradecería mucho, señora Schiffers.

—Comprendo que no se refiere su gratitud a que quede libre Freddy, sino a que disipe sus sospechas, Eva. Cuando tuve indicios de que mi marido preparaba uno de sus grandes negocios, ajenos al periodismo…

—¿Puede decirme qué clase de negocio?

—En concreto no lo sé, pero ya le dije que tiene relación con un colombiano llamado Gabriel Turbay. Tuve la certeza de que sería Walter de nuevo el hombre de paja, y llamé a Freddy. Le prometí una cantidad elevada, si lograba amedrentar a Walter, es decir, sobornarlo por el miedo, y averiguaba qué negocio era el que mi marido se proponía llevar a cabo.

—Es decir, nos empleó a la vez a Freddy Gentilini y a mí.

—No lo niego. Pero tampoco le dije a usted que matase a Walter.

—Sin embargo, Freddy mató a Walter.

—Escapa por completo a mi comprensión, porque Freddy tiene nervios de acero, y al disparar contra Walter, eliminaba la posibilidad de ganarse la suma ofrecida.

—¿Puedo saberla en cifras?

—Quinientos mil.

Eva Duncan dejó de mirar al techo, para contemplarse las pulidas uñas.

—Una cantidad, estremecedora, señora Schiffers. ¿Y si yo le digo en qué consiste el negocio?

—Le pagaría lo mismo que prometí a Freddy.

—Tenga la bondad de redactar un escrito en el dorso de una hojilla de su carnet de cheques. Nada comprometedor, señora Schiffers.

—Déjeme comprobarlo, Eva.

—Por ejemplo, podría usted escribir: «Pagaré a Eva Duncan, la cantidad de quinientos mil dólares cuando ésta me entregue la escritura notarial de venta de los terrenos de Puerto Wilches, Colombia». Unos terrenos que son esenciales para el desconocido gran negocio de su esposo, señora Schiffers.

La multimillonaria extrajo de su bolso, una pluma y una libreta alargada. Fué escribiendo, y arrancó la hojilla, que ofreció.

Eva Duncan fué leyendo a la vez que soplaba.

—Gracias, señora Schiffers. Procuraré ganarme esta cantidad, pero dudo que lo consiga, porque hay de por medio dos aventureros inteligentes. Lo intentaré de todos modos. Y rompiendo con las normas de la agencia, le dirigiré una pregunta verdaderamente molesta, señora Schiffers.

Myrtha Westland en pie, sonrió.

—Usted nunca puede molestar, porque es deliciosamente femenina, Eva.

—Desde que a mediados de la semana pasada se fué usted a Reno, su marido ha sido visto por Cristina, dos veces, en compañía de una señorita de belleza excepcional, muy joven.

—Teo está en su derecho, puesto que me soportó cerca de quince años. No se equivoque lamentablemente, Eva, al suponerme celosa. Quise mucho a Teo, él me quiso, y antes de que nuestro amor oliera a cenizas, de común acuerdo decidimos separarnos.

—Pero paga usted quinientos mil dólares, sólo por el placer de estropearle un negocio.

—Tal vez así él meditará que si yo no soy una jovencita de llamativa belleza, fui buena colaboradora en sus negocios. Usted no ignorará que cuando me casé con Teo, él era simplemente un periodista con dos trajes al año. Hoy ya tiene fortuna propia, y es lógico que prefiera la compañía de jovencitas de poco seso, pero espléndidamente delineadas. Es un poco absurdo que usted, Eva, me cite lo que era lógico. Mi marido, estando entablado ya el proceso de divorcio, es muy libre de desquitarse de la leal fidelidad con que me obsequió durante quince años.

Se dirigía ella hacía la puerta, y se anticipó Eva Duncan, para colocar la diestra en la manilla.

—Buen viaje, señora Schiffers.

Abrió la puerta, y añadió:

—La jovencita se llama Diana Ludington. Buen viaje, señora Schiffers.

Cerró Eva Duncan la puerta, pero no se movió.

Unos nudillos repicaron, y volvió a abrir.

Myrtha Westland, línea cruel la boca, estrechas rendijas los ojos,

entró y sin volverse, manifestó:

—Encuentro de mal gusto su demostración final, Eva.

—Me acusó usted de absurda, señora Schiffers. Yo quería simplemente hacerla notar que la hija del hombre muerto por un hombre a sueldo de usted, luce un anillo de prometida, adquirido por el señor Schiffers el día anterior a la muerte de Walter Ludington.

—Seamos razonables, Eva. Sí fueran celos… yo hubiese pagado a Freddy para que matara a la hija de Walter. Le juro que ignoraba que Teo estuviese enamorado de Diana que me pareció siempre una insignificante tontuela, incapaz de inspirar ningún sentimiento profundo a un hombre inteligente, Y hasta ahora, creí qué Teo era inteligente. Tengo cuarenta y cuatro años, Eva… y aun me quedan años para aprender. Ya me he repuesto de la sorpresa, Eva. Gracias por desearme buen viaje. A las diez y quince estaré en el avión, y desde aquí me dirijo rectamente al aeródromo. Si quiere comprobarlo…

—No me hace falta, señora Schiffers. Me consta que es usted toda una dama… de buen gusto. Buen viaje, señora Schiffers.

A solas, Eva Duncan se paseó largo rato, pensativa. Decían que Myrtha Westland era todo un cerebro, una gran jugadora de ajedrez…

* * *

Theodor Schiffers eligió la gardenia que iba a colocar en el ojal de su *smoking*.

El espejo devolvía la imagen de un hombre de cuarenta y tres años, fornido, de incipiente calvicie, rostro magro de grandes ojos soñadores.

Aspiró el aroma, y con su eterna expresión de cansancio, que encubría un espíritu siempre en actividad, se aproximó al teléfono interior que sobre la mesita de su alcoba, repiqueteaba.

—… Dos caballeros desean ser recibidos por el señor. Informo al señor que han insistido, aludiendo a que el señor los recibiría porque era de suma urgencia la contrata de serrerías.

—… Llévelos al despacho superior, James.

Theodor Schiffers colgó el aparato, y siempre impasible,

soñadores los ojos, abandonó sus habitaciones para dirigirse al ala izquierda, después de haber recogido su cigarrera.

En el despacho del primer rellano de su casa situada al exterior de la ciudad, adquirida a su nombre, pero que no habitó hasta que de común acuerdo decidieron el divorcio, Theodor Schiffers inclinó brevemente la cabeza, cuando Dick Tackey señaló a su compañero:

—Es mi amigo Red Wolfsing, señor Schiffers.

—Encantado de conocerle. Si no han cenado, Con sumo gusto daré orden de que añadan dos cubiertos a mi mesa. Siéntense, por favor.

—Dejaré hablar a mi amigo. Habla, Red.

—No queremos estorbar su cena Schiffers, y me perdonará si soy brusco. Acepté cuanto me propuso Dick, pero han matado a Ludington.

—Deplorable accidente por completo ajeno a la oferta que fué aceptada por Dick Tackey, el cual impuso la condición de enterarle a usted de todo. Acepté. ¿En qué modifica nuestro compromiso, la muerte accidental de Walter Ludington?

—Los federales nos han interrogado hace apenas dos horas.

—Una curiosidad muy lógica, señor Wolfsing. Usted y Tackey tienen fama de expertos pilotos, entre otras famas. Debieron enterarse que Tackey me visitaba… y ustedes supieron contestarles adecuadamente, ¿no?

—En efecto, hablamos de la serrería, puesto que tenemos que adquirir material de serrería que transportaremos al Canadá. Pero, si mi franqueza le molesta, señor Schiffers, a mí me molesta callarme lo que siento.

—Nunca puede molestar una bienintencionada sinceridad.

—Freddy Gentilini mata a Walter Ludington. Éste era su hombre de paja, y Freddy… nos lo acaba de decir Bert Gentilini, cobraba sueldo de su esposa Myrtha, señor Schiffers.

Los soñadores ojos de Theodor Schiffers miraron alternativamente a los dos aventureros.

—No vean misterios donde no los hay, señores. Myrtha y yo seguimos apreciándonos; sin embargo, es razonable que Myrtha desee demostrarme que, separado de ella, tendré que vencer su rivalidad negocial. Es como una partida de ajedrez. Ella sabe que yo me enfurruñaba porque ella siempre me ganaba al ajedrez.

Seguramente ella pagó a Freddy Gentilini para que éste tratara de sonsacar a Walter, qué clase de negocio era el que yo pretendía realizar sin la colaboración de quince años de matrimonio feliz. Freddy Gentilini, que tenía particulares motivos de no apreciar a Walter, se acaloró y lo mató. Eso es todo.

—Una última molestia, señor Schiffers. Acaba usted de decir que su matrimonio era feliz. Los cónyuges felices no se divorcian.

—Mi joven asociado —sonrió Schiffers—, la misma felicidad, a la larga fatiga. Y se acabó, Wolfsing. Si teme que mis intimidades le perjudiquen, puede abandonar la partida. Yo también voy a ser brusco. Casi ha insinuado que Myrtha pudo ordenar al «gánster» Freddy, el asesinato de un hombre que me fué siempre fiel. Es una insinuación desagradable.

—Por la que le pido mil excusas, jefe. Por mí, ya queda claro lo principal. Y ahora, cojo el portante y a comprar serruchos. Adiós.

Red Wolfsing se dirigió a la puerta, la abrió, y volvió a cerrarla desde fuera. Dick Tackey sonrió:

—Impulsivo, pero un gran muchacho, señor Schiffers. Leal y valiente. Y es natural que la muerte de Ludington y las demás complicaciones de Tess y Gaby, le amoscaran. Mañana haremos ya la compra.

—Celebro saber que por fin el señor Turbay le ha vendido los terrenos.

—Todavía no, pero mañana son míos. Lo afirmo, puesto que sé que era la condición básica, para que empezase a adquirir el material de serrería. Buenas noches, señor Schiffers.

—Buenas noches, Dick.

En la calle, andando hacia la lejana estación, y cuando llevaban ya cinco minutos en silencio, Dick Tackey masculló:

—«Los cónyuges felices no se divorcian, jefe». Oye, Red, a ratos metes el remo hasta el corvejón.

—Puede que sí, puede que no. Estás contento, y no te quiero estropear la dichosa algazara. Te las prometes sabrosas. Compramos serruchos, y en Fort Kent, están los dos aviones de carga, comprados por Schiffers. Unos viajecitos hasta Puerto Wilches, y de nuevo el estallido de la pólvora, cuando esté instalado el camuflaje. También a mí me gusta jugar a bandoleros, Dick, pero no me gusta jugar a ladrones y policías. Que me pillen por contrabandista, no

me ofende, pero me reventaría extraordinariamente que el capitán Robert nos agarrase por la oreja, acusándonos de callar cosas que debimos decirle. ¿Es que te crees que el federal está ahora contándose los pelos de las fosas nasales?

—Ni tú ni yo tenemos nada que ver con la muerte de Ludington.

—Pero sabemos que Myrtha pagaba a Gentilini —replicó Wolfsing.

—Lo sabemos tú y yo nada más.

—¡Oh, sí! Tú y yo nada más. De pronto se han vuelto ciegos y mudos, una retahíla de tiernos cervatillos como tu colombiano, mi periodista, tu novia, Eva Duncan, los hermanos Gentilini… En fin, como mañana emprenderemos el viaje al Canadá, y ya tardaremos en volver a los Estados, la cosa va mejor. Pero a mí no me quitan de entre cejas, que el balazo que recibió Ludington en el mismo sitio, no acaba de estar claro.

—Paz a los muertos, Red. Nunca te vi tan quisquilloso.

—¿Te acuerdas cuando nadando llegamos a una islita en que había un caimán muerto? Me dijiste que estaba muerto, y yo te contesté que tenía el presentimiento de que estaba vivo.

—Estaba vivo, es verdad —murmuró, contrito. Dick. Tackey.

—Bueno, vamos a dejarlo. No siempre voy a acertar con mis presentimientos. Vamos a cenar al «Comorin», y después trataremos de conseguir que Conrad y la hermosa detective, se callen el pico, al menos hasta que estemos tú y yo transportando serruchos hacia Puerto Wilches.

—Eso es. Esta vez tus presentimientos fallan. Fué cosa clara que ha sido Gentilini quien mató a Ludington, y nada tiene que ver esta muerte con nuestro asunto ni con los esposos Schiffers.

Red Wolfsing asintió. La noche era hermosa, y al día siguiente empezaría la gran aventura.

CAPÍTULO VI

Dick Tackey cenó con la misma voracidad que su colega de aventuras, en la sala del piso alto del «Comorin», cuyo dueño apreciaba mucho a Wolfsing, porque en cierta ocasión le proporcionó unas cajas de coñac francés sin someterlas al engorroso trámite de la aduana.

Saboreando en copa entibiada un legítimo «Armagnac», Red Wolfsing, tras un prolongado silencio sibarítico, anunció:

—Cuando yo era pequeño me prohibieron jugar con rompecabezas, ¿sabes por qué, chiquito?

—Para evitar que perdieras el poco almacenaje de inteligencia con que naciste, seguramente.

—Recuérdame mañana que me ría. Me prohibieron jugar con rompecabezas, porque no quería irme a dormir, hasta no haber colocado cada pieza en su sitio. Por suerte nos vamos mañana, tan pronto Gaby te dé el terreno, porque de lo contrario, empezaría yo a ver asesinos misteriosos en rededor mío.

—En rededor tuyo y mío, el único panorama verdaderamente subyugador es la despampanante y sonrosada criatura, que en la mesita junto a la arcada del fondo, me ha obsequiado con alguna que otra mirada amable.

—No sé cómo puedo aguantarte tanto tiempo, con estas estúpidas ínfulas de conquistador que te traes. Al menos, yo sé callarme, porque si empezara a contarte la larga relación numérica y nominal de mis víctimas, te sentirías un aprendiz.

Dick Tackey cruzó el índice y el dedo medio, anunciando:

—Deséame suerte, Red, porque voy a intentar el truco sexto de aproximación sin posibilidad de bufido. Ella lo merece.

Dick Tackey se levantó, y Wolfsing advirtió:

—A las once tengo que verme con el periodista y Eva, para convencerles de que el mutismo es una gran cualidad. Nos veremos en el hotel a las doce, si hay novedad; si no, mañana por la mañana.

Dick Tackey se dirigió hacia la mesita junto a la arcada. Y Red Wolfsing que conocía lo infalible del «Truco sexto de aproximación», decidió que para matar la hora de espera, era lo mejor pasar a la salita de «*póker*» entre «selectos».

No miró hacia su compañero, que saludando con breve inclinación, y muy serio el descarado semblante, insinuó:

—Pido mil perdones por dirigirle la palabra, señorita, y corríjame si me engaño, pero tengo la certeza de que es usted Patricia, la sobrina de Peabody, de Boston, y fuimos presentados en el baile de puesta de largo de la tercera hija de los Pettygrew.

Le sorprendió la buena acogida a su embuste ensartado con solemnidad, porque la «criatura sonrosada», no era una aventurera. Su hermosura tenía racialmente marcada la natural sencillez, cuando replicó con amabilidad:

—Me llamo Diana Ludington, y aunque he residido temporadas en Boston, no conozco a los Peabody ni a los Pettygrew.

—Es maravilloso el extraordinario parecido con Patricia, señorita Ludington. Por cierto que ganó un concurso de belleza en una primaveral fiesta de sociedad, el año pasado —siguió mintiendo Tackey.

—Otra coincidencia, ya que este mismo año, tuve el relativo honor de ser elegida en Miami. Puede sentarse, Dick Tackey.

—Me complace comprobar que me conoce, Diana.

—De referencias, y le vi esta noche salir de casa de mi prometido el señor Schiffers. Bueno, no lo es aun oficialmente pero tan pronto obtenga el divorcio…

Dick Tackey en pie, permaneció algo indeciso. La prometida de Teo Schiffers… Murmuró:

—Fue desgraciado el accidente sufrido por Walter.

—Mi padre quiso siempre que viviéramos separados, porque alegaba que era peligroso para mí. He llorado su muerte, y será vengado.

Dick Tackey pensó en Wolfsing, porque también acababa de tener un presentimiento. Aquella esplendorosa ganadora del difícil concurso de primavera en Miami, podía tener una sonrosada belleza

exterior, pero era dura y calculadora.

No sabía en qué basaba su juicio, pero empezó a pensar que Teo Schiffers, un gran capitán de negocios, iba a pagar caro su enamoramiento de la juvenil Diana Ludington.

—Puede sentarse, puesto que somos conocidos. Cené con el señor Schiffers, y he venido aquí, porque me ha citado a las nueve y treinta, una señorita. No pienso esperarla más allá de las diez.

—Faltan escasamente cuatro minutos. Si lo desea, y falla su amiga, puedo acompañarla a donde desee. En realidad, soy de toda confianza de su prometido.

—¿No era usted novio de Tess Corliss, el premio Luisiana 46?

—Lo fui, pero no me soportó.

La conversación adquirió pronto matiz trivial, y a las diez y cinco, ella dijo:

—Renuncio a esperar más a Eva Duncan.

—La acompaño donde me diga, Diana.

—Ya que es de confianza de Teo…

* * *

A las once en punto, Red Wolfsing, aumentado su capital en setenta dólares, entró en el bar privado, donde había una pareja discutiendo, y en una esquina del mostrador, Conrad Regan, que bajando del taburete pasó a sentarse junto a una mesita apartada, llevando del gollete un frasco de *scotch* y en la otra mano dos vasos largos y estrechos.

Red Wolfsing se acercó a la barra para recoger un frasco de soda y depositó un billete de diez.

Al regresar junto a la mesa y sentarse frente al periodista, contempló la caída del líquido ambarino.

—Creí que vendrías con Eva.

—Aquí quedamos en vernos.

—Espero que no repetirás la sesión del «Crimson», chiquito. Me parece que estás algo nervioso, un poquillo pálido…

—Hacía ya dos años que no veía la muerte de cerca, y sigue molestándome el pensar que fuera ella la que me salvó. También me inquieta la segunda profesión no conocida de Eva. ¿Te dije que era investigadora? Parece mentira, ¿verdad?

—Nada más apropiado para la mujer que hacer una profesión lucrativa de su afición milenaria, que es husmear las vidas ajenas. Y por cierto, chiquito, ¿te dije que a mí me encargó Tackey de seguir los pasos de Eva? Así fué como di contigo. Parece que ahora ya no interesa saber cómo anda, porque mañana nos largamos Dick y yo. Y voy a un asunto peliagudo, chiquito.

Bebieron los dos y Red Wolfsing, tras el sorbo complementario y mínimo de soda, especificó:

—Te apodan el viejo zorro, el devorador de escándalos, pero eres también un camarada mío. Te creo sincero al decir que no recuerdas nada de lo que te hablé en el «Crimson» acerca de Colombia, pero la memoria puede volverte, y me molestaría publicaras nada acerca de cuanto te detallé.

—No recuerdo ni palabra, Red.

—Pero por si te vuelve la memoria, quiero advertirte que consideraría una deslealtad repitieras una sola palabra de lo referente a Colombia. Es un asunto en que no estoy solo, y si te lo conté, fue porque no me di cuenta que era el *whisky* el que te hacía perjurar que querías irte de los Estados, abandonar el papel impreso, y meterte en jarana. Como era cosa de jarana, pensé que te convendría.

—Ya estás poniéndote pesado. Vuelvo a decirte que no sé ni una sola palabra de Colombia, aparte que está en Sudamérica, y a mano izquierda si se mira el mapa desde abajo.

—Y por esto mismo, para evitar que luego saliera algo firmado por ti que diera al traste con el asunto, te lo contaré como lo hice aquella noche. Así te considerarás ligado al secreto de amistad.

—Como quieras. Total, que tengo que esperar a Eva, y si estás aquí, es porque supongo que Bert estará lejos. Gracias por el coche, que pude devolver recuperando mis quinientos dólares de garantía. Tuve que lavar un poco el tapizado delantero. Había unas manchas de sangre.

—La cabeza de Jenkins era menos dura de lo que pensaba Dick. Voy al grano, chiquito. ¿Qué opinas de Teo Schiffers?

Contrajo Regan el rostro, como si aspirara un fétido olor.

—Personalmente nunca le he tratado, porque tiene una máxima contraria a mi idiosincrasia. Exige que sus colaboradores destacados, le firmen exclusiva, y cuando alguien le propuso

contratarme, dijo que yo no era un periodista destacado, sino un voluble indeciso, que no sentía vocación por la carrera. No le tengo rencor, pero si me lo presentaran, le diría unas cuantas.

—Dime unas pocas de esas cuantas.

—Era un gacetillero de sucesos con deudas basta en el estanco, cuando Myrtha Westland se enamoró de él. No diré que los millones de Myrtha le hicieron ser lo que es, puesto que es inteligente, pero sí que le ayudaron. Y ahora, que ya tiene fortuna propia, aparta a Myrtha. No me es simpático su proceder. ¿Y por qué me hablaste de Schiffers?

—Es mi actual patrón. Dick me hizo venir porque el asunto valía la pena. Mañana vamos al «Beabcock», el campo de venta de material de desecho de guerra, convertido en material agrícola. Ya sabes la facilidad con que un tanque se convierte en tractor. Venden todo el instrumental preciso para montar una serrería completa, y con sus camiones, se encargan de llevar las toneladas que compras a cualquier punto en un radio de doscientas millas. Para nosotros, al San Lorenzo.

—¿Una serrería en el Canadá?

—Los papeles están legalizados para la supuesta serrería, pero Dick, siguiendo las instrucciones de Schiffers, ha organizado todo el alijo. En Fort Kent, del San Lorenzo, pasado mañana, los camiones de la «Beabcock», descargarán tractores de arrastre, y todo lo preciso para una factoría aserradora. Dick y yo, en dos aviones de transporte, iremos llevando el material a Puerto Wilches.

—Diablos… ¿No es Puerto Wilches donde reside el colombiano que protege tu amigo Tackey?

—Eso es. Y que mañana le vende los terrenos necesarios. Para Gaby, esos terrenos carecen por completo de valor. Para Schiffers lo tienen, puesto que estaba dispuesto a pagar por ellos un cuarto de millón, y según Gaby no valen ni un cuarto de millón de centavos. Schiffers le dijo a Dick que su proyecto consistía en aplanar estos terrenos, muy abundantes en arbolado, y establecer un aeródromo comercial, que tendría la ventaja de ocupar uno de los pocos lugares interesantes en lo referente a condiciones estratégicas y de atmósfera, para conectar con varios estados sudamericanos, evitando así los considerables precios de acarreo de mercancías por flete marítimo o fluvial. Y habría un margen enorme de ganancia

con el «troc», ¿comprendes? Un transporte aéreo lleva maquinaria agrícola, la descarga y luego carga productos de los diversos lugares poco asequibles a no ser de este modo.

—Tú no eres tan cándido como pretendes hacerte pasar, Red. Dijiste antes que un tanque se convierte muy fácilmente en un tractor. Vuelve el proceso de modificación a la inversa, ¿y qué obtienes?

—Suspicacia de periodista, chiquito. ¿Schiffers apoyando a un bando político conspirador, para obtener con su triunfo, concesiones? Es un filibusterismo pasado de moda. No, no…

Red Wolfsing no ostentaba ironía ni en la voz ni en los labios, pero sus ojos desprovistos de la pantalla de las gafas negras, eran un compendio de sarcasmo. Prosiguió:

—Gaby, al vender el terreno, lo hace porque desea que aquellos acres improductivos sean convertidos en terreno cultivable. Nosotros llevamos material agrícola, y el primer proceso de transformación, exige necesariamente talar y alisar. Después… es lógico que no tengamos que arriesgarnos a rompernos el cuello aterrizando en poco espacio, y por ello aterricemos en el talado y alisado terreno interior de Puerto Wilches. Estamos en orden con la Ley colombiana, según se ha asesorado Dick. Pero para evitar recelos, si hay que transportar mucho material, supongo que una pista bien camuflada, no vendrá mal.

—Eso es. Para cuando, después de la serrería y los tractores, transportéis armas para los guerrilleros del partido que Schiffers financia, en espera de conseguir concesiones mineras y de otras clases. Estuve mirando un mapa, Red. Y Puerto Wilches es un sitio muy estratégico; además, apostaría la cabeza que la estancia propiedad del colombiano, está situada no al borde del Magdalena ni de sitios edificados, sino al interior selvático.

—Acertaste, y conservas la cabeza. Está en la comarca de Puerto Wilches, pero en un lugar llamado Barranca Bermeja.

—Que será un sitio donde de uvas a peras lleguen curiosos. No te niego que la aparente explicación de Schiffers es hábil, al pretender instalar un aeródromo comercial, pero tú no ignoras que te metes de lleno en contrabando, y apoyo a conspiradores. Y aquí existe un servicio federal llamado de Defensa que quiere evitar que la propaganda de otras naciones tenga bases para considerarnos

imperialistas ávidos de poder, y que se meten a violar la neutralidad de naciones que son muy libres de armar sus pequeñas guerras, pero sin el apoyo de dólares. La propaganda contraria a nosotros, diría que gran capitalista yanqui, y dos aviadores de la misma nacionalidad, quisieron derribar el gobierno de una nación sudamericana, porque este gobierno no quería hacerle determinadas concesiones. Y el servicio de Defensa es bastante duro cuando puede demostrar que un yanqui pretende resucitar procedimientos de filibustero.

—Chiquito: ¿No te he dicho que Schiffers nos contrata para convertir en terreno liso la Barranca Bermeja, que se transformará en un magnífico aeródromo comercial?

—Pura pantalla. Después, transportaréis combustible, lanchas, armas…

—El combustible para las lanchas que recojan cosechas río arriba o abajo, y las armas porque hay fieras en abundancia. Todo limpio, chiquito. Ahora bien, ya sabes que los gobiernos sudamericanos sufren convulsiones como los volcanes, y no se puede acusar a una compañía de transportes, si un volcán estalla. Bueno, te he explicado todo eso, porque tengo tu palabra de amigo de no escribir ni una coma. Lo consideraría una ofensa personal.

—Me gustaría molestar a Schiffers, pero ya que tú andas por medio, allá vosotros con el servicio de Defensa.

Repetidamente había mirado el periodista su reloj. Comentó:

—Me prometió ser puntual.

—Vendrá, no te apures. Yo me voy a dormir. Mañana, antes de marcharme al Canadá, vendré a despedirme. Y ya no te ofrezco probar suerte, porque estás perdido.

—¿Qué quieres decir?

—Hueles a futuro marido.

—¡Ojalá ella se dejara seducir por este olor!

—Pero no sigas bebiendo, porque el olor será pernicioso, Las mujeres gustan de los alegres bebedores, pero no de los dipsómanos empedernidos. La ciudad te estropea, chiquito. Antes tenías más aguante. Parece ahora como si quisieras ahogar… yo qué sé… Hasta mañana.

Se fué Wolfsing, y Conrad Regan siguió bebiendo. A las once y cuarenta, un camarero le trajo un sobre cerrado que acababa de

entregar un chofer de «taxi».

Rasgó nervioso, para leer una octavilla escrita en letra muy femenina:

> «El capitán Hendrick Robert, federal, es el responsable del incumplimiento de nuestra cita, señor Regan. Telefonéeme mañana, y le cedo las primicias de una noticia que acabo de conocer aquí en este despacho. A las once aproximadamente, un agente del tráfico, haciendo su ronda por el Edgewater Park, encontró el cadáver de una hermosa mujer, que ha sido identificada como Diana Ludington.
>
> »*Eva Duncan*».

CAPÍTULO VII

A las diez y quince, Eva Duncan terminaba de cenar en su habitual restaurante, confortable y discreto, porque sólo tenían acceso a él, las pertenecientes al sexo calificado de débil.

Salvo ocasiones excepcionales, ningún hombre tenía derecho a permanecer en aquel restaurante. Las que cenaban, en escaso número, por la hora ya tardía, dedicaron una mirada escandalizada al individuo que, seguido por dos camareras, avanzaba hacia una de las mesas.

Un individuo que parecía un cajero de banco, con sus gafas en cerco de oro.

—¿Señorita Eva Duncan?

—Yo misma, señor federal.

—La carterita que mostró usted a la que le cerraba el paso.

—El capitán Robert puede recibirla ahora mismo, sí lo desea, señorita Duncan. Ha leído con sumo interés su nota, que obró en su poder a las nueve y media.

—Con el mismo interés deseo oír los comentarios del capitán Robert.

En su despacho, el capitán Hendrick Robert se puso en pie y señaló una silla a la vez que, con un gesto, despedía al agente que había acompañado a Eva Duncan.

—Perdóneme por la hora, señorita Duncan, pero juzgué muy digno de estudio conjunto el contenido de su nota. Tiene usted la reputación de muy bonita, y lo es. De discreta, y lo consigue. De inteligente, y no lo dudo. De gustar de dar sorpresas, y las da.

—Pero usted me va a dar la lección que merezco, capitán, porque me atreví a inmiscuirme con imaginativas suposiciones en el terreno de la rigurosa y científica deducción comprobada.

—No he acudido a ironía alguna… todavía, señorita Duncan. Podría hablar de su pareja de baile una noche de viernes, de su pareja de cena una noche de sábado, de uno de sus dos acompañantes esta tarde en el «Comorin», pero como ha dicho usted muy bien, éste es el templo de la científica comprobación. No constituye delito que usted baile con Walter Ludington la noche misma en que murió, ni que cene la noche siguiente con su asesino, ni que esta tarde converse usted con Red Wolfsing. Una damita de su aspecto, debe tener a cientos los cortejadores, y las coincidencias no sirven de base para ninguna acusación. El riguroso incógnito con que usted sabe defender su agencia, es respetado. Ahora bien, de vez en cuando también a nosotros nos gusta apartarnos de la fría y científica rigurosidad metódica.

Hendrick Robert tecleó con sus gafas sobre una octavilla donde un bolígrafo había escrito:

> «Aspiro a no encolerizar al capitán Hendrick Robert, si manifiesto que en mi opinión, puramente imaginativa, la muerte de Walter Ludington ha sido un crimen casi perfecto, Freddy Gentilini sólo mató a medias a Walter Ludington.
>
> »*Eva Duncan, Agencia Detectives “Eva-Dalila”*».

—Matar a medias es una calificación sorprendente, teniendo en cuenta que la bala alojada en el entrecejo de Ludington, procede de la pistola empuñada por Gentilini, el cual no niega haberla dispararlo. Hasta el presente momento, señorita Duncan, nosotros, torpes hombres, estábamos convencidos de que una bala entre ceja y ceja causaba una muerte instantánea. El único punto que me da qué pensar, es la absurda defensa empleada por un inteligente granuja, como lo es Freddy. Y no tome a reproche que le diga que nosotros, torpes hombres, consideramos un deber ciudadano declarar que un maleante intentó sobornarnos para que en caso de interrogatorio, declarásemos que estuvimos en su compañía durante las horas en que él cometió un crimen.

—Yo me negué a la petición de Freddy, un antiguo conocido, sin saber que buscaba una coartada para un crimen. Lo juzgué un

soborno sin importancia, y cuando supe que usted lo detuvo, consideré inútil citar el intento con el que Freddy buscaba una coartada.

—Un crimen casi perfecto es aquél que no deja huellas o dificulta largo tiempo la captura del criminal.

—Aludí a que era casi perfecto, porque se basaba en el conocimiento de varios puntos. El principal, que Freddy Gentilini se vanagloriaba de acertar una mosca a diez metros. Con más facilidad acertaría la frente de un hombre dibujado tras una cortina, que apunta con una pistola, sin dispararla. ¿Iba Ludington a ser tan imprudente como para no suponer que Freddy iría con precauciones? ¿Esconderse tras una cortina, qué defensa le daba? ¿No era mejor tras un sillón? ¿Lo cita por teléfono a las tres de la madrugada, para matarlo? Y Freddy no hubiera matado si no ve la pistola. ¿Iba Ludington a ser tan imprudente que asomara un brazo armado sin disparar?

—Pudo ser más veloz Freddy. La bala atravesó la cortina, y en el entrecejo fueron extraídas fibras de la tela del cortinaje rojo.

—Yo visité una vez el piso de Ludington, y la foto de los periódicos reproduciendo la sala donde fué muerto Ludington, la conozco. Tras la cortina había una puerta de comunicación con otra sala.

—Sí.

—Ahora va a llegar el momento en que usted me apabulle, capitán.

—Cuanta ayuda recibimos es de agradecer, aunque sean hipótesis.

—Yo he imaginado que alguien interesado en la muerte de Walter Ludington, desea también que aparezca como un puro arreglo de cuentas atrasadas con el medio *gángster* Freddy. Y al pensar en esto, al calificar de «medio gángster» a Freddy, me surgió la idea de un crimen a medias. Freddy dispara, ¿por qué? Porque asoma el brazo armado de Ludington, que no dispara, y que ha elegido el muy vulnerable parapeto de una cortina. Yo he imaginado que alguien merecedor de confianza, visita a Ludington y le sugiere un motivo para citar a las tres a Freddy.

Y cerca de las tres, este alguien, hombre o mujer, logra por un procedimiento ignorado mantener inmóvil a Ludington,

protegiéndose él con la puerta, él o ella, aunque fía en la reacción y puntería de Freddy. Sostiene el codo de Ludington y tan pronto dispara Freddy, suelta a Ludington, cierra la puerta y se va.

Hendrick Robert asintió:

—En mi departamento disfruto de la ayuda de tres agentes femeninos. En cada crimen clarísimo tienen ellas cinco o seis versiones distintas a la oficial, y créame, señorita Duncan, que sus versiones son mucho más descabelladas que la que acabo de oír. ¿Quiere leer, por favor?

Tendió Hendrick una cartulina mecanografiada.

> «Del análisis de vísceras resalta como indicio a investigar, la existencia de fibroma causado por exceso de soporíferos.
>
> »Comprobado por recetarios médicos que Ludington padecía de insomnio y recurría a progresivas dosis de soporíferos.
>
> »Componer relación de personas con las que antes de las tres de la madrugada, pudo Ludington beber, y de las que pudo aceptar la sugerencia de citar a Freddy Gentilini.
>
> »Lista de las más evidentes relaciones que podrían visitar a Ludington en horas íntimas, y no inspirarle desconfianza: Theodor Schiffers, Diana Ludington, Dick Tackey, Red Wolfsing, Gabriel Turbay, Tess Corliss y Eva Duncan».

Eva Duncan devolvió la tarjeta, algo más dilatadas las luminosas pupilas.

—Me complace comprobar que mi imaginación, siguió un camino que la científica rigurosidad federal admite transitable, capitán Robert. ¿Puedo emitir mis opiniones sobre la posibilidad de que cualquiera de estos siete personajes pudiera ser el que sujetaba a Ludington en pié tras la cortina, y después de darle una fuerte dosis de soporífero en una bebida?

—La estoy escuchando con suma reverencia desde que ha

entrado, señorita Duncan. El espectáculo de una preciosidad inteligente, no es frecuente.

—Gracias. Que soy bonita me lo dicen antes, y que soy inteligente, mucho después. Que soy modesta, nadie lo dice.

Una sonrisa hizo menos ascéticos los labios del capitán Robert.

—Theodor Schiffers no haría matar a su testaferro, mientras está en trámites un gran negocio —opinó Eva—. Diana es la hija del asesinado.

—No se apreciaban, aunque rechazo por buen gusto, a Diana, premio de belleza, como autora del crimen a medias.

—Dick Tackey y Red Wolfsing, si bien reciben paga de Schiffers al igual que la recibía Ludington, y por lo tanto defendían los mismos intereses, son impulsivos, batalladores y aventureros. Pero presumo de conocer el carácter masculino.

—No lo dudo, y la oigo con redoblado interés.

—Ni Tackey ni Wolfsing son de los que sujetarían a un hombre dormido, esperando que lo mataran.

—Esto opino psicológicamente, pero sólo en los folletines del siglo pasado, el malo era un villano que rechinaba los dientes, y el bueno era un buenazo a carta cabal. Yo mismo, considerado una máquina al servicio de la Ley, puedo tener mis fallos. De todos modos, eliminemos a Tackey y Wolfsing, de los que hemos comprobado sin interrogarles sobre ello, que desde la medianoche hasta la mañana del sábado, durmieron apaciblemente.

—Gabriel Turbay no iba a matar al que le ofrecía una fortuna por unos terrenos sin valor —argumentó ahora Eva—. Y en cuanto a Tess Corliss, es incapaz de adivinar que una mosca se mata empleando «Flit».

—Alguien pudo sugerirle el empleo del «DDT».

—Pero no tiene valor para esperar que la puntería de Freddy no falle.

—Ésta es mi opinión. Y ya sólo queda usted, señorita Duncan.

—Bailé con Ludington hasta la medianoche en punto.

—¿Un buen bailarín?

—Me interesaba averiguar qué negocio traía entre manos Schiffers. A la medianoche me acompañó en su coche hasta mi puerta. Y lamento comunicar que desde que me introduje entre sábanas hacia la una, hasta mi despertar, no tengo testigo de mi

apacible sueño.

—Lo que reafirma su honestidad. La juzgo capaz de esperar el resultado de la puntería de Freddy, pero no encuentro la razón, el motivo, por el que usted deseaba que Ludington muriese. Si usted lo sabe, puede decírmelo.

—Esta lista no está completa. Hay otra persona…

—¿Myrtha Schiffers? Naturalmente, podía pensar que en su divorcio, Ludington intervino, al hacer que Schiffers se fijara en su hija. Pero Myrtha estaba en Reno, en el Hotel «Bonanza». Comprobado. Jugaba al ajedrez a las doce y media de la noche del viernes al sábado. Un avión emplea unas cuantas horas para llegar a Nueva York desde Reno. A propósito: ¿conoce usted a Myrtha?

—Bailé con Ludington y cené con Freddy, porque ella me paga para averiguar en qué consiste exactamente el negocio que se propone su marido. No me refería a Myrtha al decir que faltaba una persona en la lista de sospechosos.

—¿Quién es?

—El asesino, porque Freddy se limitó a disparar creyendo que se defendía.

—En mi departamento tenemos la mala costumbre de no escribir la palabra «asesino» hasta no poseer su nombre, apellidos y filiación completa. ¿Llamo al mecanógrafo?

—Yo misma quisiera escribirlo, pero por ahora, mi imaginación elimina por completo a las siete personas de la lista, pero no logra captar la filiación completa del asesino. Aludió usted a mi discreción, y sería deplorable que yo citara nombre y apellido que sólo van empezando a dibujarse en mi imaginación. Estoy avergonzada, porque creí sorprenderle, y usted me ha apabullado con esta cartulina que demuestra que…

Se interrumpió ella, porque alzando la mano en gesto de excusa, Robert atendía al parpadeo de una luz azul sobre un recuadro de palancas, y círculos de pequeños altavoces. Llamada de urgencia.

Bajó una de las palancas, y uno de los altavoces comunicó:

—… El agente de tráfico en ronda por el Edgewater Park, transportó con ayuda de otro compañero, el cadáver de una mujer presentando herida inciso-punzante en el séptimo espacio intercostal. Yacía con las ropas desgarradas, en un banco, y ha podido ser identificada como Diana Ludington. La muerte no se

remonta a más de una hora, y eran las once menos siete, cuando el agente la recogió. Sala cuarta, señor.

Alzó Robert la palanca.

—Sala cuarta es invitarme a oír a mi jefe. No tardo, señorita Duncan. Tenemos que examinar otro nuevo aspecto inesperado.

—Me agradaría tomar un jugo de frutas.

—Abajo hay un bar recomendable. No tarde. Quiero oír los resultados de su nuevo proceso imaginativo.

Diez minutos después, entregado ya el mensaje para Regan, con una generosa propina al chofer de «taxi», Eva Duncan, de nuevo en el sillón del despacho del capitán Robert, pensaba en Myrtha Westland, que a las diez y quince tenía que tomar el avión para Reno.

La policía, en sus rutinarias investigaciones, acudiría al eterno principio criminalista: «¿A quién beneficia la muerte de la víctima?». Y hallarían que si bien no beneficiaba materialmente a Myrtha Westland, impedía que Diana Ludington pudiera casarse con Teo Schiffers…

Y para una persona tan pagada de su posición social, ser la irrisión en comentarios que aludirían al que ya rico, abandonaba la compañera madura, para rejuvenecerse con otra compañía, podía justificar el crimen.

Pensó que Robert era un federal procedente de la cauta escuela policíaca, que le había demostrado ya que sólo acusaba cuando poseía una base firme.

El tiempo transcurría pero Eva Duncan no lo notaba, porque la inesperada muerte de Diana Ludington, añadía un sinfín de interrogantes a los que presentaba el caso Ludington.

Hendrick Robert entró llevando en la diestra lo que parecía un mazo de naipes. Semejaba un jugador calmoso, ojeando las cartas que la suerte le había deparado.

Eran unas cartulinas de varios colores: blanco, rosa, amarillo y pardo. Se sentó, extendiendo delante de él, en abanico, las cartulinas.

—Le agradezco me haya esperado con paciencia, Eva. Por ahora, pienso en usted como en una espontánea colaboradora. Nuestro equipo está dedicado a la reconstrucción que llamamos «Cronos a la inversa». Le resumiré lo que han ido reconstruyendo, siguiendo el

proceso normal, que es el opuesto a cómo ocurrieron las cosas. Sobre la mesa de nuestro forense hay una hermosísima joven.

Hendrick Robert consultaba de vez en cuando alguna de las cartulinas. Pero su comentario fue personal:

—En mi profesión, he debido examinar numerosos cuerpos extendidos sobre un mármol. Ignoro la razón, pero el ver un hombre sin vida, no me impresiona, porque estimo que es fatal nuestro destino viril. En cambio, cada vez que contemplo el cadáver de una hermosa mujer y Diana Ludington lo era, algo en mi interior se rebela, porque se me antoja que es doblemente criminal suprimir lo que constituye el ornato y consuelo de la árida existencia viril. Y pido perdón por este inciso. Prefiero demostrarle con orgullo, que nuestra organización al ponerse en marcha, trabaja con rapidez y eficiencia.

—¿Han… detenido ya…?

—Hablé de rapidez eficiente, no de milagrosa brujería. El forense, específica que la muerte fué producida por un acero de forma redondeada en su tercio superior, y aguda en su tercio inferior. Muerte instantánea por hemorragia interna. La agresión tuvo lugar entre las diez y once menos siete. La posición en que fué recogida la víctima, tiende a demostrar que se hallaba privada de sentido. El agente que la trasladó ha sido suspendido de empleo y sueldo, hasta nueva orden.

Eva Duncan parpadeó. El capitán Robert más que hablar para ella, resumía en voz alta, los informes.

—Se deduce que el agente de ronda en el Edgewater Park no cumplió con su deber, puesto que antes de proceder al traslado, debió cerciorarse de si alentaba vida en el cuerpo tendido en el banco. Aduce que creyó que Diana Ludington respiraba aún. Su obligación era comprobarlo, y al hacerlo, nos hubiera facilitado la reconstrucción del crimen, porque el examen en el propio lugar, con la víctima en la postura en que halló la muerte, facilita nuestra ingrata tarea.

Cogió una de las cartulinas, para explicar:

—Aquí se ha procedido a colocar por orden cronológico las tres últimas horas de vida de Diana Ludington, arrancando de la declaración del señor Schiffers. Ella cenó con él en su casa de las afueras, de donde salió a las nueve y diecisiete. Corroborado por la

servidumbre, y de nuevo aparece usted, Eva.

Ella adelantó el busto, como si pretendiera leer en la cartulina de color amarillo.

—La doncella Trevor atendió una llamada de teléfono a las nueve en punto, transmitiéndola al mayordomo, que a su vez se puso al aparato para replicar que Diana Ludington estaría sin falta a las nueve y treinta en el «Comorin». ¿Para qué quería usted hablar con Diana Ludington en el «Comorin» a las nueve y treinta, Eva?

—¿Yo? Es la primera noticia.

—Ateniéndome a la rigurosa exactitud, concreto este punto: Una voz femenina digo yo, pero la doncella Trevor y el mayordomo dicen que la señorita Eva Duncan manifestó por teléfono que avisaran a la señorita Ludington que se pusiera al aparato. Le fue contestado que la señorita Ludington estaba terminando de cenar, y rogaba transmitiera lo que deseaba la señorita Eva Duncan, la cual…

—La voz femenina, capitán Robert —atajó ella, con aspereza.

—La voz femenina manifestó que esperaría a las nueve y treinta en punto en el salón del rellano alto del «Comorin», porque tenía una comunicación de suma importancia que hacer a Diana Ludington. No la acompaño Schiffers, que a las diez menos cuarto tenía que recibir en su casa a una comisión de arquitectos, con los que todavía estaba discutiendo pormenores de un proyecto de ampliación de la sede del periódico, cuando le visitó uno de mis agentes. Otro agente visitó el «Comorin».

—Un momento, capitán. Yo no telefoneé a Diana.

—Entra con la misma fuerza y peso en un platillo de la balanza, la suposición de la doncella Trevor y la del mayordomo, de que oyendo una voz femenina que anuncia ser Eva Duncan, es Eva Duncan, como en el otro platillo la hipótesis de que alguien quiere complicarla a usted. Hacia las diez, Diana está en el «Comorin» acompañada por un hombre, en cuya compañía sale. Ese hombre es Dick Tackey. Desde el momento en que Diana sale del «Comorin» acompañada por Dick Tackey, hasta el instante en que un torpe agente mueve el cuerpo muerto de Diana para trasladarlo, carezco de momento de información.

—Repito que yo no telefoneé a Diana, y entré en el «Spinster» hacia las diez menos cuarto, de donde salí con el agente que vino a

buscarme de parte de usted. Podrá usted alegar que mi coartada es tan perfecta que sugiere que un cómplice mío actuó… pero ¡por todos los santos del Paraíso!, ¿por qué razón tendría yo interés en la muerte de Diana?

Cogió Robert una cartulina de color rosa.

—A las ocho y veintinueve minutos, abandona su piso de usted, una mujer. Usted a las nueve y catorce abandona a su vez su piso, y a pie, con lento paso meditativo recorre el camino hacia el «Spinster», donde penetra a las diez menos dieciocho. Falta un dato.

—No me hará creer que si ordenó que me vigilaran, no sabe quién fué mi visitante.

—Me habla con acritud de enemistad, Eva. No sea así conmigo. El Servicio de Defensa me dió instrucciones complementarias a la misión de descubrir el asesino de Ludington. No pude dejar ningún cabo suelto, y precisamente por esta razón, no hace falta que me jure que usted no telefoneó a las nueve de esta noche, porque a las nueve estaba usted en su piso, y no efectuó ninguna llamada. Había una derivación en su línea. Tiene derecho a reclamar judicialmente, Eva.

Sonrió ella, casi agradecida.

—Queda pues, demostrado que una mujer usurpó en el teléfono mi personalidad.

—¿Para qué deseaba verla la señora Schiffers? Perdone, pero me olvidé de ordenar que instalaran micrófonos en su piso —dijo Robert, con una expresión de remordimiento en el ascético semblante, añadiendo—: Hubiera sido excesiva libertad.

—La señora Schiffers acudió porque yo le cablegrafié a Reno. Ella me había pagado para que yo tratara de averiguar qué clase de negocio se proponía emprender su marido, pero la muerte de Ludington, cuando ya me inspiraba sospechas, me incitó a solicitar de la señora Schiffers una aclaración.

—Freddy Gentilini ha tenido la bondad de aclararme que la señora Schiffers le pagó para tratar de amedrentar a Ludington, y sobornarlo si fuera preciso. Comprendo muy bien a Myrtha. Le gustaría demostrarle a su esposo, que sin ella, fracasará en cuanto emprenda, aunque para demostrárselo tenga ella que arruinarse.

—Pero… Myrtha no pagó a Freddy para que disparara contra Walter… ¿o cree usted que…?

—Lo que creo y lo que es, son dos cosas muy distintas. A las diez y quince el avión emprendió el vuelo hacia Reno, llevando entre sus pasajeras a Myrtha Westland. Al menos estoy en condiciones de afirmar que ella no pudo matar a Diana, porque no estuvo ni siquiera por las inmediaciones del Edgewater Park, si bien desde una cabina pública, sin posibilidad de poder saber a dónde llamó, porque verificó varias llamadas, estuvo telefoneando de nueve menos cinco a nueve y tres. El agente que vigilaba sólo tenía orden de seguirla, no de comprobar sus llamadas telefónicas, y ya no se pudo verificarlas. Entremos ahora, en el terreno positivo. Tendrá usted sueño, Eva, y yo también lo tengo, pero mi obligación es permanecer en este despacho, hasta que vayan acumulándose nuevas tarjetas, y aparezca la de color azul.

—Un color bonito.

—No sabe usted toda la belleza contenida en la tarjeta azul, porque es la que ultima una investigación. Lleva el nombre y apellido del culpable convicto y confeso. Generalmente, son rarísimos los casos en que desde la aparición de la tarjeta primera, la del forense, hasta la última, la azul, no transcurre una media horaria que las estadísticas hacen oscilar entre diez horas y veinticuatro.

—Si no me echa, prefiero esperar, capitán Robert.

—Tiene usted pleno derecho, puesto que una voz femenina la ha hecho incluir en la lista de personas que han intervenido directa o indirectamente en las tres últimas horas de vida de Diana Ludington. Le ofrezco la blandura de aquel diván. Instálese cómodamente. Quiero evitarle el nervioso aburrimiento de ver cómo me van pasando tarjetas de diversos colores, que me obligan a remitir otras con órdenes. Lo único interesante de mi labor burocrática, es la lectura de la última tarjeta, la del color azul.

Eran las dos y treinta de la madrugada, cuando Eva Duncan se despertó de su leve modorra, e incorporándose miró la tarjeta azul que le presentaba casi ante los ojos el capitán Robert.

Sólo había un nombre y un apellido:

«Dick Tackey».

CAPÍTULO VIII

A la una y media de la madrugada, el propietario del «Comorin» se sentó ante una mesa del bar para «selectos».

—Yo me precio y honro con su amistad, Regan. ¿Me tolera un consejo que va contra mis intereses?

El periodista agitó una mano en gesto que invitaba a proseguir. Su rostro expresaba melancólica indiferencia.

—Es de mi interés que se consuma bebida, porque la sirvo buena y por lo tanto cara. Está usted terminando el segundo frasco de legítimo escocés, Regan.

—Y mi capacidad es irlandesa, tanto para el sufrimiento como para la ingestión de líquidos que recorren la escala de graduación que, en mi diagrama de resistencia, lleva las siguientes marcas de dosificación: primer sorbo, para calentar la boca; segundo, para comprobar si el alcoleoducto que partiendo de mi estómago, riega las células cerebrales, abre las esclusas de la célula doce, que es la del olvido de las penas producidas por las mujeres, que entre nosotros, son una delicia. Desconfíe de los que hablen mal de las mujeres, patrón, porque… ¿Y a todas ésas, por qué estamos hablando tan seriamente de intrascendentales abismos insondables?

—Sus malabarismos de léxico no me desplacen, llegan, pero en evitación de que su alcoleoducto abra una esclusa en su temperamento de ex combatiente, le ruego no me obligue a negarme a que traigan el tercer frasco que acaba usted de pedir.

—Ya no lo pido, y no me niegue un ruego, patrón.

—Bien sabe usted que me es eminentemente simpático, Regan. Se lo demuestro al negarme a que siga bebiendo. Me consta su aguante y capacidad, pero otra serie de copas, sería desagradable.

—Es axiomático. Tratemos de ponernos en pie como dos

caballeros, y tengo un especial empeño en acompañarle hasta la calle, patrón. Cójase sin temor de mi brazo. Muy bien, así, en fraternal camaradería… Hermosos tiempos aquéllos en que la mujer iba de la cocina, al cesto de coser, y de la calceta, a la alcoba. Era entonces cuando el varón era el rey de la selva humana. ¿Y qué pasó? Un día, un estúpido varón le susurró a Eva, que los dos sexos tenían los mismos derechos. Eva invadió la calle, abandonó la cocina, la calceta y penetró en la selva de oficinas. ¿Y qué pasó? Lo estamos viendo. El mundo va de cabeza, patrón. No me lo niegue.

El propietario del «Comorin», llevando del brazo al periodista, que caminaba con exagerada tiesura, contemporizó:

—Hay muchas Evas que siguen siendo eminentemente caseras.

—Usted es un poco pedante, patrón. La palabra «eminentemente» goza de su preferencia, y es un superlativo rimbombante. Sea sincero conmigo, patrón. Yo no estoy borracho, sino eufórico. ¿Qué haría usted si la mujer de sus sueños, la que sólo aparece una vez en la inmunda vida del hombre, revelase de pronto en su deliciosa feminidad aspectos de violento contraste? Una suposición… La ve usted tocando el arpa, y de pronto, coge el arpa, la dobla, la hace mil pedazos, y con ellos, empieza a derribar ídolos voluminosos. Cuando un cínico como yo, al ver a Eva, sueña con angelitos tocando el arpa, son ídolos voluminosos los que invaden su alma. Oiga, este aire es magnífico. Puro aire libre de calle iluminada eléctricamente. No me abra la portezuela de este «taxi», porque quiero difuminar en la noche ciudadana el derrumbamiento de mis ídolos.

—No se preocupe, Regan. Puede que a ella, sólo la estén empleando como testigo. Dijo que vendría a las once, y si bien lleva más de tres horas en el Departamento Federal…

—¡Alto, patrón! —Y Regan asió por una solapa del «*smoking*» al dueño del «Comorin», que en la acera, despidió con un gesto al «taxi» que había llamado—. ¿Cómo diablos se ha metido usted en mi pensamiento?

—Ha telefoneado usted repetidamente desde el aparato cercano al bar, y no pude impedir que le oyeran los camareros.

—Y cada vez me contestan lo mismo. La señorita Eva Duncan sigue con el capitán Hendrick Robert, del cual no puedo tener celos. Es así… No se enamore, patrón.

—No hay peligro. Me casé hace años, y me gusta mi esposa.

—Los resignados acomodaticios que han escogido la fórmula de contentarse con el aburrimiento conyugal, creo que han acertado con el secreto de la pequeñísima dosis de felicidad que puede extraerse del contenido… Bueno, mañana me dirá el punto en que suspendimos esta trascendental conferencia.

Conrad Regan se alejó, con paso de marinero experto en recorrer una cubierta que bandea.

El propietario del «Comorin» informó a su esposa:

—Era triste ver al muchacho, porque tan enamorado, debe ser un rudo golpe darse cuenta que su novia anda en malos pasos con la policía. Se comentaron ya sus andanzas con Ludington y Freddy Gentilini… En fin, el mundo es así.

* * *

Conrad Regan, a las dos y media, abandonaba una cantina situada junto al «*ferry*» de Brooklyn, en su embarcadero norte.

Seguía caminando con aplomado bamboleo, pero al llegar a un cobertizo con largo banco, estación de espera del tranvía que había cesado su servicio media hora antes, se sentó, echando atrás la cabeza.

La ladeó para contemplar a la mujer que a escasa distancia suya, acababa de sentarse. Una mujerona alta, huesuda, de lacios cabellos grises lloviendo bajo las alas de su redondo sombrero, y que apoyó la ganchuda barbilla en el corvo mango de un paraguas.

—Buenas noches, señora. He de comunicarle que el tranvía no pasa hasta las cuatro y treinta. Además he de hacerle saber, que empieza usted a convertirse en mi sombra. Yo la he visto horas y horas. ¿Por qué diablos me sigue?

La mujerona, vestida con chaqueta de un verde obscuro, abotonada hasta el cuello, y falda del mismo color, medias negras de algodón, y zapatos masculinos, poseía una voz melodiosa, acariciante, sugestiva…

—Empecé mi servicio a la medianoche en punto, y usted ha sido el alma por cuya salvación he de luchar.

—Diablos… Atraído sólo por el paraguas, perdí la facultad de observar el verde especial de su atavío, señora. Busque otra alma,

porque la mía no necesita del Ejército de Salvación[1].

—Rescatar un ser del infierno de la degradación…

—Al diablo se lo cuenta, señora. Además, usted me viene siguiendo desde que cené, ahora que recuerdo. Eso es, el paraguas, el vestido verde, el sombrero redondo…

—Todas mis compañeras visten igual. Yo entré de servicio a las doce de la noche, y le vi cuando usted salía del «Comorin».

—Hay que celebrar este encuentro. ¿Qué tasca me recomienda?

—El maleficio del alcohol no concede el olvido de las penas, buen hermano.

—¿Hermano de qué, esperpento? Pido perdón, pido perdón, humildemente, porque aunque usted se empeñe en demostrar lo contrario, es una mujer. Oiga, dos en un banco, en la noche solitaria, bajo un techo de madera, y por fachada la urbe pecadora, ¿no le inspira una canción? Por favor, no me largue un salmo. Repito, ratifico y remacho, que a usted la vi yo hacia las nueve de la noche.



«No vean misterios en donde no los hay».

—El alcohol produce alucinaciones, buen hermano.

—Eso dicen los que no saben beberlo. ¿Y qué ejercicios prácticos ha realizado usted? Es vergonzoso que una señora de su edad, se dedique a buscar aventuras nocturnas.

—No puedes ofenderme, buen hermano. Mi misión es tratar de salvar tu alma de la degeneración, y nunca es tarde…

—Si la salchicha es buena. ¡Largo de aquí, bruja agorera! Con paraguas o sin paraguas… Hola, guardia.

Un policía uniformado acababa de detenerse en la acera, frente al cobertizo. Saludó respetuosamente a la sufragista, y miró con reprobación a Conrad Regan.

—Al acercarme he oído sus comentarios, ciudadano. Ha de tomarse las cosas con calma, ciudadano. Ser agresivo verbalmente con una señora de cristiana intención, demuestra poco espíritu cívico.

—Colaboremos. La fe la tenía, y la perdí. La caridad está a mi izquierda, y usted, guardia, no es la esperanza. ¿Dónde está la esperanza?

—A lo mejor, la tropieza en su cama, ciudadano. Ande, póngase en pie y demuestre que es un buen chico. Entre la señora y yo, le dejaremos en su domicilio. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, si telefonea al Central Federal, y pregunta al capitón Robert qué está pasando con Eva.

El policía sonrió bonachón, y la sufragista susurró:

—Es su manía desde la una y media.

—Desde que vi a Eva, todo mi andamiaje sólido y ambicioso se derrumbó al leve soplo de céfiro puro. Voy delante para enseñarles el camino de mi frío hogar.

La sufragista fué retrasando el paso, y el guardia pensó que iba en busca de almas más propicias a ser rescatadas.

Conrad Regan se detuvo, cinco minutos después.

—Es bochornoso que Eva al transformarse en Argos, el mitológico detective, sucumbiera al poder de Creso, el dólar. ¿Qué haría usted, guardia, si la mujer en que pensaba como ideal esposa, fuera cómplice de una criminal, y tuviera que permanecer veinte años en la cárcel?

—La esperaría durmiendo, ciudadano. ¿Dónde vive?

—¿Eva?

—Adán, usted, ciudadano.

—¿Tan borracho estoy que me sigue usted horas y horas? Oiga, este casco que lleva le favorece menos que la gorra. ¿Qué pasaría si yo le cogiera el casco y probara de convertirlo en gorra?

—Pasaría que rápidamente sabríamos dónde reside, ciudadano, porque iría a dormir la mona en la celda amueblada para estos

casos.

—Es una cuestión de estética. Deme el casco.

A las tres y dieciséis minutos, Conrad Regan ingresaba en la celda de alcoholizados agresivos…

El sargento de guardia, inquirió:

—En el parte he hecho constar que pretendió quitarle el casco, Murray. ¿Algún cargo más?

—Ninguno, sargento. Pero estoy intrigado, sargento.

—Es una enfermedad leve en su caso, Murray. Los borrachos dicen muchas majaderías.

—No es el periodista, sargento, porque los periodistas suelen tener frases rebuscadas, y no intento nunca entender lo que dicen los borrachos con cultura, sino que me limito a escribirlo para el parte. Lo que me intriga es la sufragista.

—Son mujeres extrañas, cierto, Murray.

—Es que cuanto más pienso en ella, más intrigado estoy, sargento.

—Desintríguese.

—Apostaría una semana de paga, sargento, a que fui un idiota.

—Trabajaría gratis, Murray, hasta el fin de sus días.

Y el sargento rió muy complacido de su chiste.

—Fui un idiota, sargento, porque hubiese tenido que detenerla, pero es que es ahora cuando la voy viendo, y entonces sólo me chocó, pero sin acertar. La sufragista no lo era, sargento. Iba disfrazada.

—¿En qué fundamenta esa majadería, Murray?

—Caminaba como una mujer joven y elegante, sargento, y llevaba crines de vieja y zapatones, pero como si fueran de tacón alto, es decir, usted me comprende, sargento. Son cosas que…

—Vuelva a su servicio normal, Murray, y no se intrigue. La última vez que se intrigó, detuvimos al trapero que según usted era un fugado disfrazado, y la barba que llevaba era muy suya.

Avergonzado, el policía Murray saludó y abandonó el cuerpo de guardia, sin saber que aquella vez había acertado en su deducción.

CAPÍTULO IX

Hendrick Robert abrió la cancela y entró en la blanca sala, cuyo único mobiliario eran dos taburetes empotrados y una mesita. En ella apoyaba los codos Dick Tackey y sobre sus puños las sienes.

Hendrick Robert despidió con un ademán a los tres federales, que habían estado turnándose en el interrogatorio.

Se sentó al oír la cancela cerrarse, y examinó las dos cartulinas anteriores a la azul.

—Es su perfecto derecho no querer hablar sin la asistencia de un abogado, Tackey, pero es a la vez, un mal sistema de defensa.

Dick Tackey levantó la cabeza y se pasó una mano por el rostro, como si pretendiera borrar la crispación dolorosa de sus facciones.

—Sus preguntones me han dicho que Diana ha muerto. Insisten en saber lo que hice desde las diez hasta las once. No se lo diré ni aunque me tenga aquí dentro hasta el fin de año.

—Esta actitud es infantil, Tackey. No puedo creer que es usted el asesino de una muchacha joven y bonita. Seamos razonables.

—No lo es usted, puesto que me creería capaz de matar a una mujer fea y vieja.

—A las diez sale usted del «Comorin» acompañando a Diana. ¿A dónde fueron?

—Al «Edgewater Park».

—¿Y a qué hora dejó usted a Diana?

—No miré el reloj. Eché a correr, muy avergonzado de mí.

—Tardío sentimiento, Tackey. ¿Desde cuándo conocía a Diana?

—Creo que desde las nueve y media de la noche.

—¿Quién se la presentó?

—Un hombre sabe adivinar cuándo una mujer puede acogerle con simpatía.

—¿Sugiere que Diana le incitó a presentarse por su cuenta?

—Dejémoslo. Soy una bestia y un canalla. Y donde rompo muebles, los pago. Es mi costumbre.

—Es que ahora no es una factura de sillas rotas, Tackey.

—La factura que sea, la pagaré. La pobre chica… ¡Hagan conmigo lo que sea, pero tengo derecho a callarme!

—Si invoca este derecho, le será atendido, cuando firme una declaración, confesándose autor de la muerte de Diana Ludington.

—Eso me han dicho sus preguntones, y acepté. ¿Por qué no me la dieron a firmar?

—Falta un requisito legal en su reconocimiento de culpa, Tackey. ¿Por qué mató a Diana Ludington?

—Eso… no hay ley humana que pueda obligarme a decirlo.

—Reflexione. Volveré yo mismo dentro de media hora, Tackey. ¿Quiere algo?

—Que me dejen solo, y cuanto antes acaben conmigo, mejor.

El capitán Robert salió de la salita de interrogatorios. Escribió en una cartulina un apellido, y la mención «urgente requerimiento».

A las cuatro menos siete minutos, Red Wolfsing entraba en un pasadizo, cuyo rastrillo abrió un agente. Al fondo, desde su silla, el capitán Robert esbozó un cansino gesto de saludo.

—Lo siento, Wolfsing, y ya sé que estaba usted durmiendo, y a nadie le gusta despertarse a la fuerza. Pero yo no he dormido todavía.

—No es razón para jeringar a los que duermen, jefe.

—Siéntese y acépteme un cigarrillo. Usted aprecia a Dick Tackey; me consta.

—Le tengo un cariño loco, y le canto la nana cuando no agarra el sueño.

—¿A qué hora se separó de Tackey?

—Hacia las diez menos cuarto o menos diez.

—¿Volvió a verle?

—No.

—¿Por qué le dejó?

—Porque en el «Comorin» había una criatura sonrosada a la que quiso Dick explicarle el truco sexto.

—Ignoro la clase de truco, pero la criatura sonrosada ha dejado de serlo. Está muy blanca, tendida en una mesa del depósito de

cadáveres.

Red Wolfsing tiró al suelo el cigarrillo con asco repentino. Se levantó.

—Cuidado, jefe. Me dolería mucho tenerle que partir la boca a todo un federal que consideran muy conocedor de hombres.

—Hay otro pasillo como éste, y al fondo una celda. En ella está Dick Tackey, que se niega a explicarme lo que hizo desde las diez hasta la hora en que fué encontrado el cadáver de Diana Ludington.

—¿Diana Ludington? ¿Precisamente Ludington?

—Sí, la hija de Walter.

—¿Y supongo que Dick estará en la celda por haberle roto algún hueso al asqueroso que se atrevió a insinuar que él es capaz de…?

—Dick Tackey acepta todas las acusaciones, sin la menor reacción. Sólo se aferra a no declarar el móvil por el que mató.

Red Wolfsing depositó las gafas negras sobre la silla que acababa de abandonar.

—Yo he matado a Diana Ludington, y me niego a declarar el motivo por el que la maté.

—¿Dónde tiró la pistola, Wolfsing?

—Al río. Y sé que hay trampa en la pregunta, porque ignoro cómo y quién mató a Diana Ludington, pero no es Dick.

—Es un poco ilegal mi requerimiento, Red Wolfsing, pero se adapta a su carácter que, como el de Dick Tackey, es infantil, por más exceso de virilidad que tengan. Le he despertado, para que trate de despertar a Tackey de su abatimiento.

—¿Es que no tiene usted bastantes preguntones?

—Si usted tiene fe ciega en su amigo, hable con él. No hay micrófonos, ni estará nadie escuchando. Hable con él, y si al salir, no quiere contarme lo hablado, no se lo exigiré. ¿Acepta?

—Creo que tuve razón al considerarlo un simpático sujeto, jefe. ¿Podrían proporcionarme un poco de cordial? Hace frío aquí…

—Hace calor, pero usted sin necesidad de beber cordiales, se sobrepondrá. Me limito a decirle que si Tackey persiste en callar el móvil, el fiscal sabrá encontrar varios, y como Tackey está dispuesto a firmar su reconocimiento de asesinato, irá a la silla eléctrica.

—Vamos a verlo, jefe. Y tengo su palabra de que no hay micrófonos ni escuchas.

—Palabra de honor, señor Wolfsing.

Dick Tackey no levantó la cabeza de sus brazos doblados sobre la mesa cuando oyó abrirse la cancela, y unos pasos aproximarse.

Se prolongaba demasiado el silencio, y alzó la cabeza.

—¡Tú…! ¡Fuera de aquí, Red! Fuera de aquí…

—Eso será según cómo, chiquito. El capitán Robert me ha dado su palabra de honor que aquí no hay micros ni escuchas. Estamos los dos como en la cima de un picacho virgen.

—Vete, Red. No debió nunca hacerme eso el capitán Robert. Que me mande a la silla eléctrica, es su profesión, y no me quejo. Pero meterte aquí dentro… para enfrentarte conmigo, eso es completamente…

Dick Tackey volvió a pasarse la mano por la cara, lenta y apretadamente, como si quisiera aplastar sus facciones.

—Lo que tú no puedes hacerme, chiquito, es tratarme con mala fe. A mí me importa un pepino que mates, que te ahorquen o que te despellejen. Lo que no soportaré es que a mí me trates con mala fe.

—No la tengo para ti, y te consta.

—Vamos a tratar la cosa con mutua paciencia. Estás aquí dentro, y sólo sabes decir que mataste a una chica. Y te niegas a decir por qué. Yo te conozco lo suficiente para saber que sí matas a una chica, dirás por qué. Todo puede tener una explicación… ¿Recuerdas la hawaiana que se puso pesada, y cada vez que yo levantaba el vaso, me daba un golpecito en la muñeca? Hacía mucho calor, y yo tenía una sed espantosa. ¿Qué hubiera pasado si tú no la coges por las trenzas y la sacas de mi vista? La hubiera matado. O sea que todo puede explicarse, y tú eres incapaz de matar a alguien sin decir luego, cuando estás atrapado: «Lo siento, y es natural que me matéis ahora, porque lo hice así y asá». Lo que no puedes hacerme, es callar conmigo.

—Vete, Red.

—Cuando los japoneses acudían muy alegres, y calculamos que nos faltaban dos o tres minutos de vida, hicimos un juramento, Dick. Estábamos los dos solos… y el Dios misericordioso que permite crecer la mala hierba. Si mueres en la silla eléctrica, sin tapujos, como nos corresponde al tropezar en bache hondo, empuñando el mando, y contestando a todo sin maldad, con entereza, nunca más tendré un amigo, pero te recordaré. Juramos entonces, que en apuro grave, los dos sabríamos morir. Los

japoneses perdieron la alegría porque acudió un tanque nuestro. Éste es un apuro grave, si sigues callando conmigo, y repito aquel juramento, Dick Tackey. Quedas muy libre de morir como una rata asquerosa, que rehuye mirar de frente a su único amigo, y te doy el tiempo que quieras tomarte. Pero cuando abras la boca, si me dices que me vaya, me iré, y que te sirva de aliño a tu carne quemada, el saber que en saliendo, de aquí, me dará igual partirme la cabeza contra un poste, como tirarme desde lo alto del «Empire Building». Pero yo no aguantaré el haber dado amistad a un hombre que prefirió tratarme como a un chivato. Sabes que lo haré tal como digo. La única duda está en si me abriré la cabeza, o planearé a cuerpo limpio. Y ya me estás reventando, chiquito, al obligarme a ser un lacrimoso solemne. No nos va esto. Bueno, empieza el plazo. Cuando abras la boca, ya sabes… Si me dices que me largue, en el cochino infierno te esperaré, que ya me lo anticipas, ¡maldito seas!

Dick Tackey había vuelto a reclinar la cara contra sus brazos doblados.

Red Wolfsing se mantuvo erguido. Notaba un frío húmedo en la espina dorsal.

—No te impedirá ir pensando, el que yo hable. Tengo que hablar, o me dará por hacer algo muy estúpido, chiquito.

Wolfsing miró con fijeza angustiada, al que incorporando el busto, se pasó la lengua varias veces por los labios… Y luego abrió la boca y murmuró:

—Es horrible… la sed que tengo, Red.

—Vaya, vaya. Ya será menos —sonrió agriamente Wolfsing—. Llamaremos al camarero después. Sabía yo que no me ibas a hacer una cochinada de ese calibre. Estabas conmigo, y de pronto viste a una criatura sonrosada. ¿Sabías que era Diana Ludington?

—Ni idea.

—Fuiste a hablarle de vuestros comunes amigos de Washington…

—De Boston.

—Y ella fingió estar de acuerdo, porque eres un chico de un guapo subido…

—Cuando ella me dijo que era Diana Ludington y que estaba esperando a Eva Duncan, quise retirarme. Pero no pude.

—Lo sé. Ella era guapa. Hablasteis y salisteis, hacia… el cine.

—Salimos a la calle, y dijo que hacía una noche espléndida, y que yo era un caballero. Podíamos, pues, ir a dar un paseo por cualquier parque cerca del río. Fuimos poco a poco hacia el Edgewater, porque ella me dijo que era un romántico rincón.

—Lo es.

—Paseamos… y la maté. Al verla convertida en una muñeca desarticulada, me dió tanta vergüenza de mí mismo, que estuve andando horas o minutos, no sé… Pensé ir a despertarte, pero me daba vergüenza. Y hasta agradecí que dos federales, muy amables, me invitaran a venir aquí. Eso es todo.

—Estábamos paseando, Dick.

—Eligió ella un banco, y se sentó. Estábamos charlando, pero ella empezó a sacarme de quicio. La besé, y… No puedo, me da vergüenza.

Red Wolfsing adelantó las dos manos, cogiendo de las solapas a su amigo. Sacudió con empujones.

—Hemos perdido la vergüenza, desde el día en que nos vimos la cara. ¡Desembucha, o me voy!

—Fue salvaje, fué la bestia, Red… Ella me excitaba y a la vez, me rechazaba. Fui bestia, y de pronto, vi como ella no sé de dónde ni cómo, pero vi el peligro, sacaba algo acerado, puntiagudo… Le torcí la muñeca, y seguí besándola… como un salvaje, hasta que… se quedó tan quieta, que creí se había desvanecido. Si yo… no hubiera sido tan bestia, no se hubiera ella clavado… o yo… el hierro… Muerta; ¿comprendes? Y mis manos habían lacerado su ropa… y su carne… Odioso, ¿verdad, Red? Tú mismo me tocabas del codo, cuando acribillamos a balazos a aquellos malayos que estaban en una granja… Y los gritos se oían muy lejos… Los gritos de ella…

—¿Gritó ella?

—No. Ya te digo que parecía jugar a exasperarme. Pero el resultado es que si los malayos se comportaban como lo hicieron, tenían casi perdón, porque eran salvajes y había guerra. Yo no lo tengo.

—Espera un momento, chiquito. Si tú fuiste a emplear el truco sexto, es porque ella te invitó. También es extraño que ella, la novia de Schiffers, estuviera donde nosotros, y luego te lleve al «Edgewater Park», y juegue al «renuncio, envido» y lleve un hierro

preparado. Me vas a hacer el pajolero favor de seguir callando para los demás. Estoy de acuerdo contigo en que te avergüence pensar que eres peor que un malayo violador. Y piensas que ante los jurados, de nada te valdrá invocar que se te encendió la sangre. Y prefieres que piensen lo que quieran, porque sería asqueroso que tu abogado hablara de legítima defensa en un caso así. Vamos a inventar, Dick. Mataste a Diana Ludington, por un motivo que dirás mañana al mediodía. ¿Estamos de acuerdo?

—¿Y qué diré mañana al mediodía?

—Por de pronto, estarás más despejado… y yo también. Sé que el capitán me dejará volver a verte antes del mediodía. Te dije ya que este maldito asunto, no estaba claro, desde que murió Ludington. Y Diana era guapa, y yo hubiera podido ser tan bestia como tú, chiquito.

En pie, Red Wolfsing dió una palmada sobre la nuca de Tackey. Giró sobre los tacones, y fué a dar puntapiés en la parte inferior de la cancela.

Atravesó el pasadizo, y en el otro, fué a sentarse ante el capitán Robert.

—Mañana antes del mediodía, yo le diré el motivo por el que Dick mató, si es que antes no encontramos el verdadero motivo. Escuche, jefe; usted sabrá quién es Eva Duncan, la que bailaba con Walter y cenaba con Freddy. Es lista, ¿no?

—Mucho más que nosotros, Red.

—Diana la estaba esperando… ¡mire qué casualidad!, poco antes de morir. Me agradaría que usted preguntase a Eva Duncan qué le parece el modo de morir tan extraño que ha tenido Diana, la hija de Ludington. Y hay más: ¿qué pasa con la esposa de Schiffers? No sé dónde voy a parar, y para emplear la frase que ahora es la favorita de Dick, me da vergüenza este comadreo. Dick y yo admitimos que un hierro se clavó en el cuerpo de Diana, pero ¿por qué fué Diana a tentar a Dick, llevándolo encelado, jugando con él, y adornándose secretamente con un hierro?

—Desgraciadamente Diana Ludington, no puede contestar a esa pregunta, Red.

—¿Y si ella quería matar a Dick, con una buena defensa preparada? No está claro eso, jefe. Si Diana quería besos, ¿por qué llevaba un instrumento de muerte?

—Que el laboratorio calcula tenía un largo no menor a los treinta centímetros. No ha sido hallado. Pudo Dick tirarlo al río.

—No lo tocó. Adelante, jefe. Yo me voy a ténder, sin dormir. Y si usted me saca de apuros a Dick, yo le juro que él y yo nos vamos, y por primera vez seremos desleales a un pacto. Este negocio de Schiffers trae mala suerte. Hasta que usted me llame, jefe. Y no descuide a la señora Schiffers ni al otro premio de belleza.

—¿Tess Corliss?

—Eva Duncan.

Red Wolfsing, al alejarse, parecía un hércules agobiado por un invisible fardo.

El capitán Robert entró en su despacho, después de haber ordenado el traslado sin interrogatorio de Dick Tackey a una celda.

Eva Duncan preguntó con la mirada.

—¿Qué espera que le diga, Eva?

—Que… no cree culpable a Dick Tackey.

—Después de que Freddy «mató a medias», he de ser cauto. También ahora, Tackey reconoce haber matado.

—¿Puede perder media hora, capitán?

—Con usted, sí.

—Lléveme en un coche oficial hasta el exacto lugar en que murió Diana.

—Tengo las fotografías completas, desde cuatro orientaciones, pero prefiero verlo. Es uno de los tantos rincones acogedores para filósofos o enamorados.

En el coche, Hendrick Robert permanecía en silencio.

Cuando se divisaban las alamedas que conducían al extenso parque ribereño, dijo:

—Hay una mano femenina en estos dos asesinatos.

—O pretende alguien hacerlo creer. Si entra usted en un cuarto y huele a «York Spirit», usted pensará en una mujer.

—Pensaré que es un perfume femenino. Pero que lo puede usar un hombre.

—Ésta es la clave de todo el misterio, capitán. Un perfume…

—Cuando se aproxima la madrugada, no sé aquilatar los símbolos, señorita Duncan.

El coche frenó suavemente y Robert indicó:

—Aquel banco.

Eva Duncan estuvo unos instantes examinando el lugar donde halló la muerte Diana Ludington.

Regresó al coche y bostezó nerviosamente:

—Me agradaría poder dormir unas horas, capitán.

—Le bastará cerrar los ojos cuando se introduzca entre las sábanas. Y también dormirá el que la vigilaba. No es artimaña, Eva.

Cuando ella se apeaba ante el edificio, donde ocupaba uno de los departamentos, Robert insinuó:

—Si el resultado de su sueño, le inspira alguna idea, podremos comentarla. Felices sueños.

—Imposible. Es amargo saber que el despertar será cruel. Buenas noches, capitán Robert.

CAPÍTULO X

Conrad Regan tardó menos en despegar los párpados que en separar los labios. Tenía la impresión de que rumiaba cola de carpintero en su boca y que en la nuca le clavaban alfileres.

Miró al que le sacudía por el hombro.

—Lávese en el grifo, periodista. El hospedaje termina a las diez de la mañana en este hotel. La próxima vez que quiera transformar un casco en gorra, disfrutará de quince días gratuitos de hospedaje. Aquí tiene sus papeles.

Cinco minutos después, Conrad Regan, confortado con un café, salía a la calle. Se estremeció avanzando como un autómata hacia el «dos plazas», en cuyo volante, una mujer le miraba sonriente.

—No… No puedes ser tan angelical, Eva. Claro, que me dijiste a las once, pero de la noche. Después me enviaste aquella nota, diciéndome que por culpa de Hendrick Robert… Empecé a beber, pero si no vuelves a dejarme solo, juro no volver a beber.

—Al menos agua, señor Regan. Tiene usted un colega envidioso, que me ha telefoneado diciéndome dónde estaba.

—Mejor será olvidarlo. Estás libre, aspiro tu perfume…

—¿Qué te sucede, Conrad?

—Me estremece tenerte a mi lado.

—Un poco de aire azotando tu rostro, te sentará bien. Tenemos que hablar, señor Regan, porque resulta que sin tú darte cuenta, posees un secreto.

El «dos plazas» arrancó y el periodista, cerrando los ojos, reclinó la cabeza hacia atrás.

—Por dos veces, y por tu culpa, he perdido la noción y el equilibrio de mi espíritu. Eso es lo que los poetas llaman amor.

—Y los médicos, tendencia al alcoholismo. ¿Recuerdas lo que

contenía mi nota?

—Sé que encendí un cigarrillo con su llama. Eso es… Tú estabas detenida y Diana Ludington había muerto asesinada.

—Me creíste en peligro, y lo estuve, pero he podido demostrar que no tengo nada que ver con los dos crímenes, gracias a ti, Conrad.

—¿A mí?

—Dijiste una frase, un comentario, que me iluminó un sendero muy obscuro, muy tortuoso.

—¿Cuándo y dónde te iluminé, luz de mis ojos?

—Delante del «Ressort», mientras esperaba hallar el medio de solucionar la difícil situación de Tess Corliss, hablaste de que ella usaba un perfume intenso.

—Antes que ella apareciera, se adivinaba por su perfume.

—Hay hombres que les gusta.

—Yo mismo soy uno de ellos, pero detesto llevarlo.

—De donde pasaste a comentar que Walter Ludington era uno de esos hombres que gustaban de perfumarse intensamente.

—Es curioso, Eva… El olía a algo muy parecido al perfume que llevas.

—«York Spirit», un extracto que si viertes una gota, es delicado, dos, es embriagador, tres, penetrante.

—¿Y mi alusión a perfumes, qué te sugirió?

—La resolución de una parte del problema. ¿No oyes a veces una musiquilla, y evocas algo que pasó hace tiempo?

—Sí. Y también los perfumes evocan cosas pasadas. Tengo hoy la cabeza pesada. Interprétalo como una declaración de amor.

—También Schiffers estaba enamorado de Diana, y no creo que por ello se dedique a beber.

—Dicen que padece del hígado —replicó él—. ¿Quién mató a Diana?

—Dick Tackey.

—¡Tackey! Pero ¿por qué, por qué mató a la que iba a ser la futura esposa de Schiffers?

—Suponen que Myrtha Westland pudo sobornarlo, al igual que pagó a Freddy para que matase a Walter Ludington.

—Un sitio precioso éste, Eva.

—El Edgewater Park. Los enamorados prefieren la luz de la luna,

pero al sol es bonito también.

—Ahora preferiría yo un muelle diván en un café tranquilo.

—Es que Cristina me traerá al asesino aquí, Conrad. Cristina por si lo olvidaste, es «Dalila», la que corta el cabello de los Sansones. Yo me limito a presentar la manzana. La cité aquí para antes de las once.

Deteniendo el coche a un lado de la alameda, ella bajó, señalando un sendero.

—Allí encontraremos un banco, y precisamente es el banco donde tuvo Diana un especial empeño en conducir a Dick Tackey, aproximadamente hacia las diez y media de ayer noche.

Conrad Regan miraba andar a Eva Duncan. Era todo gracia, exquisita femeinidad, y misteriosa psicología.

Cuando ella se sentó, en pie delante de ella, el periodista susurró:

—Si tu frente fuera de cristal, Eva…

—Verías reflejado en mi pensamiento el encanto que me produce este rincón. Blancor del mármol, verdor del césped, y el verdor más obscuro del seto a nuestras espaldas. ¿Quieres mirar si no hay ningún indiscreto espiando desde el seto? Nos podría oír, y casi tocar, Conrad.

El periodista sonrió.

—No hay nadie. Y ya te dije que me produces escalofríos, Eva.

—Tú a mí también. De veras, Conrad… Y creo eres el primer hombre que me los ha inspirado.

—Celebro que nos escalofriemos mutuamente. Me sentaré a tu lado, y prometo ser un héroe.

—Casi lo fuiste en la guerra, Conrad. Como lo fueron Freddy Gentilini y Dick Tackey.

—Fueron cientos de miles los héroes, puesto que el que no murió allí, así lo consideraron al regresar a su terruño, fuera de la nación que fuese.

—Red Wolfsing debe estar desesperado —comentó Eva—. Quería mucho a Tackey. Y todo empezó con unos terrenos que quería comprar Teo Schiffers, y que desde hace una hora son propiedad de Myrtha Westland, gracias a mi elocuente conversación con Tess Corliss. La convencí de que ella y Gabriel podían correr de nuevo peligro de muerte, si no abandonaba sus terrenos sin valor,

que adquirí en buen precio.

—¿No ofrecía Schiffers doscientos veinte mil?

—Pero esta mañana, cuando por teléfono se los ofreció Turbay, Teo Schiffers se negó a comprarlos, porque sin Tackey tardaría en poder montar su aeródromo en Puerto Wilches.

Eva Duncan miró de pronto a Conrad Regan.

—Cambiando el tema… ¿Por qué me confesaste que visitaste a Walter Ludington la madrugada del sábado?

—¡Diablos! ¿Yo…? ¿No fué precisamente la madrugada del sábado cuando Freddy mató de un balazo a Walter?

—Sí.

—Yo no pude decirte que visité a Walter, primero porque no tenía trato con él. Segundo, no hubiese elegido la madrugada del sábado para visitarle.

—«York Spirit», el perfume revelador…

—Has empleado un término extraño, Eva. Dijiste… ¿«Por qué me confesaste…»?

—Equivale a una confesión el declarar que Walter Ludington era un hombre que se perfumaba escandalosamente. Le tenía horror al perfume. Le gustaba como a ti olerlo, pero no rociarse. La noche en que nos viste bailar, cuando nos despedíamos, insistió en llevarse un recuerdo mío. Dijo que como iba rectamente a su casa, y estaría despierto hasta tardé, quería forjarse la ilusión de que yo estaba junto a él; pondría música, y con mi perfume, el que usé aquella noche, porque lo empleo en mis vestidos de noche solamente, se imaginaría estar conmigo. ¿Otro escalofrío, Conrad? Resultado de otra noche perdida… por mi culpa.

—Está demostrado ahora que un perfume de mujer, puede hacerle perder la cabeza a un hombre, Eva.

—Y no hay simbolismo. En tu perfil crispado, se mezclan diversos sentimientos.

Él ladeó la cara, y sus dilatados ojos, tenían infinita tristeza.

—¿Por qué ahora apartas tus ojos con repulsión, Eva?

—Podría sentir pena, y no la mereces, Conrad. ¿Cómo podías saber que Ludington olía intensamente a perfume, si fué al inicio de la madrugada en qué murió, cuando yo en sus solapas vertí bromeando, un chorro de extracto de «York Spirit»?

—Pude haberle visitado, y callarlo, porque mi visita sin interés

podía acarrearme molestias.

—Escondido tras una cortina…

—Eva. ¿Por qué has querido venir a solas aquí conmigo?

—No fué sólo alusión a un perfume, en un hombre que nunca los llevaba, sino tu presentación. Muy hábil tu presentación como enamorado que prefiere sacrificar un reportaje. Un enamorado que lo proclama bebiendo… Un bebedor que en la guerra adquirió un gran entrenamiento, y que sin embargo, ante su mejor amigo, pierde el tino hasta golpearlo y después fingir no recordarlo, como también finges no recordar lo que anoche sucedió. Resultaba una presentación simpática. Y a la vez, podías sonsacarme si yo sabía el verdadero interés que tenía Myrtha Schiffers en averiguar lo que pudiera ser llamado «el secreto de Ludington y su hija».

—Yo no he fingido estar enamorado de ti, Eva —rebatió, casi silabeando, el periodista.

—Ayer mismo, desde el seto que está a mi espalda esgrimiste un largo bastón, más largo, porque en su extremo había un estoque. Lo arrojaste al río, junto con el acero que llevaba Diana, y que no llegó a clavarse, puesto que al huir enloquecido Dick Tackey, tú mismo lo recosiste del suelo, tras el banco. ¿Qué secreto poseían Walter Ludington y su hija, que les ha costado la vida?

—Estás tratándome muy mal. Eva. Me colocas tras una cortina, y después tras un seto, y me ves matar. Es absurdo, y ya no sé qué pensar de ti.

—Mira hacia el sendero…

Una mujer alta, vestida de verde obscuro, con sombrero redondo y zapatones de tacón bajo, agitó una mano, y dando media vuelta, se marchó.

—¡La… la sufragista!

—Se llama Cristina Dorchester, o si lo prefieres Dalila. Al separarnos tú y yo ayer tarde, le telefoneé para que inmediatamente recurriera a uno de sus mejores disfraces, y te siguiera paso a paso. No te vio esgrimir el estoque, pero sí salir del seto, y llevando todavía en la diestra el bastón… ¿Por qué no fuiste detenido? Era necesario completar el repulsivo enigma. ¿Por qué matabas a la novia de Teo Schiffers? Un dato esencial.

—Salí de aquí, y fui a beber…

—Al «Percy» a cien metros del «Comorin». Telefoneaste, y

Cristina supo convencer a la telefonista para sustituirla en la centralilla de cabinas. Te limitaste a decir: «Ya está. Sólo usted y yo conocemos lo que nadie sabrá nunca».

—Exacto.

—Al otro lado del teléfono estaba Theodor Schiffers. Dijiste antes que padecía del hígado… En efecto, una tez amarillenta. Pero tan pronto como Cristina pudo hablarme, esperándome en mi piso, telefoneé al capitán Robert. No le hablé para nada de ti. Me limité a indicarle que si interrogaba a Teo Schiffers acerca del significado exacto de la llamada telefónica que recibió a las once menos seis minutos… No sé cuál será el resultado. El inductor a crimen sale mejor librado que el autor material, si revela quién es éste.

—Sabes ya que soy yo. Y es triste, muy triste. Tengo mis manos desnudas, y no poseo la fuerza del chófer, ni su palanca. Pero aunque la tuviera… a ti… sería incapaz de causarte daño.

—Lo repugnante en ti es que eres simpático, Conrad Regan. Repulsivamente simpático, cuando pienso que empleaste a Freddy Gentilini y a Dick Tackey.

—Un azar que encajó en el plan estando montado el asunto de la compra de terrenos, y existiendo el empeño de Myrtha en tratar de aplastar con su dinero cualquier negocio que emprendiera a solas Teo Schiffers. No creo que éste revele su secreto.

—Sí, porque Cristina habrá ya dicho al capitán Robert que tú me lo has revelado, y rápidamente éste procederá a repetírselo a Teo Schiffers.

—Entonces… ahora el siguiente personaje que aparecerá por el sendero, ¿será un federal?

—No. Es mi ansia el humillarte, Conrad Regan. Estás a mi lado, y si internaras cualquier violencia, tendrías que arrodillarte. Puedes irte. No irás muy lejos, pero me repugna ya el verte.

—No te repugnará el oírme. No tardaré mucho en morir, Eva…

—Los Ludington tardaron muy poco, porque fuiste misericordioso. Les diste muerte instantánea, con el balazo de Freddy, y…

—Tú me das muerte lenta. ¿Y qué te importaban las vidas de los Ludington?

—Quisiste complicarme.

—Embrollar más la madeja. Fué Schiffers el que imaginó que

una voz fingiendo ser femenina y llamando a Diana, citándola, te complicaría, enredando más la madeja. A Diana la convenció fácilmente de que tú, pagada por Myrtha, intentabas averiguar su secreto. Y la envió a atraer a Tackey, diciendo a la muchacha que si Tackey, que le había amenazado con revelar su secreto, lo hacía, no habría boda. Era el precio del silencio de Diana Ludington, que por otra parte, estaba plenamente convencida de que su padre murió a manos de Freddy. Ella debía exacerbar a Tackey, y matarlo… Eso le dijo Schiffers, seguro de que ella iba a morir. Tackey estaba exacerbado, pero vió el destello del acero. No vió…

—El de tu bastón estoque, matando a Diana. ¿Qué secreto tan temible poseían Ludington y su hija?

—Theodor Schiffers había «saltado la barrera», «franqueado el foso», se «había pasado al otro lado», y socialmente se hundiría en todos los aspectos si se averiguaba su origen negro, que supo esconder, al falsear sus papeles, cosa que le fué fácil, siendo periodista. Walter Ludington lo supo en un viaje a Nueva Orleans. Pidió como precio, la boda de Teo Schiffers con su hija Diana, enterando a ésta de que Schiffers era lo que más desprecian los arrogantes intelectuales y supuestos aristócratas yanquis: un descendiente de negros esclavos. Fingió aceptar, y pedir el divorcio, alegando a Myrtha, que se debían separar como buenos amigos. Pensaba que si Myrtha lo supiera… tal vez tampoco sabría sobreponerse a este prejuicio racial nuestro. Y él quería a Myrtha…

—¿Tú…?

—Walter Ludington me despreciaba, hasta el punto de que llegó a decir a Schiffers, que yo, el llamado «viejo zorro», no era de fiar, porque era un resentido ambicioso, capaz de matar, si con ello lograba fama y dinero en abundancia. Dos cosas que Schiffers pedía ofrecerme. Y lo hizo. Nos vimos privadamente en una carretera montañesa del Yosemite. Me ofreció la jefatura de redacción de su cadena de periódicos, que supone la fama y un sueldo anual de quinientos mil. Yo ya no sería el gacetillero escandaloso, el husmeador de fetideces… Y apareciste tú.

—¿Cómo te permitió Ludington visitarle?

—No me lo permitió. Yo le esperaba dentro de su piso, del que había conseguido una llave falsa. Era un sibarita que bebía un champaña especial. Soporífero en la botella que estaba

aguardándole junto a su radiogramola. Y atendió las instrucciones de Schiffers, que le aconsejó llamar a Freddy Gentilini, para ofrecerle los ochenta mil que le adeudaba, y otros tantos, para averiguar a qué precio quería pagar Myrtha los terrenos, o si sabía algo referente a Gabriel Turbay. No podía desconfiar Walter, como tampoco desconfió Diana.

—Y tú, tras una cortina, y después tras este mismo seto. Y ahora, aquí, quieto, sin intentar nada, sin intentar huir…

—¿Para qué? Tu Dalila tendrá establecido un cerco. Aunque pudiera ir al otro lado del mundo, perdido ya el acicate que me hizo matar, y no pudiendo tenerte… aunque fuera mirarte desde lejos, y aspirar este perfume… ¿Se llama «York Spirit»?

Ella se levantó convulsa, crispada la cara, porque se sentía próxima a llorar.

Él, sentado, sonrió. Mezcla de odio y amor… Rictus de fracasado que renunciaba ya a luchar…

—No será un escalofrío de muerte el que me producirá la silla. Será mi último pensamiento, y lo percibirás, Eva… Sabrás así que la única verdad en mi vida, fué mi amor por ti…

Ella no quiso oír más. Casi corrió sendero abajo… En el banco, cerrados los ojos, Conrad Regan proseguía hablando cuando dos agentes federales, alertados ante la aparición de Eva Duncan, que parecía huir de un horrible peligro, y que hasta entonces habían estado esperando por si debían intervenir, intervinieron.

Pusieron las esposas a un hombre que hombros caídos, humillada la cerviz, sólo sabía murmurar:

—Mi último escalofrío, mi única verdad, Eva.

* * *

Myrtha Westland levantó el velo en gesto gracioso. Su sonrisa era un esbozo apenas insinuado. Sus ojos eran sinceros… También había odio y admiración.

—He tardado en visitarla, Eva, porque esperaba su visita.

—No teníamos nada que decirnos, señora Schiffers, y los asuntos monetarios los resuelve Cristina, porque son la fase final.

—La fase final es que seré viuda de un hombre al cual, sigo queriendo… Un hombre que a mí no pudo, engañarme. Supe

perfectamente que era descendiente de esclavos negros. Hay intimidades reveladoras, pero nunca se lo dejé adivinar… Ludington era un malvado, y su hija, se disponía a matar a Tackey. Éste era un aventurero, y Freddy un «gángster». ¿Qué importaban estos cuatro…?

—No cita usted a Conrad Regan. No iría mañana a la silla eléctrica si el que le acompaña en este último paseo, no le hubiera seducido con una oferta… Perdón, señora Schiffers. Nada resolveremos ahora. Es preferible que usted siga siendo la gran señora.

—En realidad, él hizo matar porque temía perderme…

—Y yo he matado a un hombre que me amaba como sólo su complicado espíritu podía amar. Con fervor. Yo era su única verdad, y le humillé porque dejé de ser mujer. Nuestro secreto más poderoso, es saber disimular nuestra inteligencia, señora Schiffers. Él se creía superior como todos los hombres… y tal vez… No, pese a cuanto estoy diciendo, lo volvería a hacer. Nadie tiene derecho a disponer de las ajenas vidas.

—Tiene razón, señorita Duncan. Recuérdelo mañana por la mañana. Piense en que usted dispuso de las vidas de mi esposo y de Regan. Adiós, señorita Duncan.

—Eran dos asesinos…

—Es posible, Eva. Lo eran ante la sociedad, pero mi esposo para mí será el hombre que con su muerte me da la última prueba de su amor. Le indujo al crimen el temor de perderme. No le queda a usted este consuelo.

Epílogo

Dick Tackey y Red Wolfsing, en el tren hacia Canadá, leyeron con satisfacción que la tesis del abogado defensor de Freddy Gentilini, había triunfado. Legítima defensa.

Y Red Wolfsing no citó una sola vez a Conrad Regan. Seguía creyendo imposible que el puñetazo que atribuyó a un bebedor empedernido era un elemento más de la decoración.

Nadie supo que una mujer, a las cinco menos cuarto de la madrugada, hora de la ejecución de Conrad Regan, se estremeció profundamente.

Y percibió junto a su oído un hálito quemante que susurraba su nombre. Atribuyó las lágrimas que inundaban sus ojos al intenso perfume del extracto de «York Spirit» que impregnaba su pañuelo.

Un perfume de mujer…

Fin



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.



Ustedes, claro, no habrán oído hablar del misterio de las

PAPELETAS SANGRIENTAS

Yo, tampoco, y les aseguro que vivía muy feliz, hasta que sonó aquella extraña llamada telefónica... Aquella llamada de un hombre amenazado de muerte... Desde entonces, sólo al oír hablar de aquellas

PAPELETAS SANGRIENTAS

empezaba a sudar y a estremecerme como el que se encuentra en un apuro. ¡Y en efecto me encontraba en él, amigos! Yo, Ricky Drayton, repórter criminalista, ¡había acabado por ser acusado de asesinato!

PAPELETAS SANGRIENTAS

la última y más lograda obra de RICKY DRAYTON se publicará en el próximo número de

COLECCIÓN DETECTIVE

¡No deje de leerla!

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

Núm. 321 - Trini de Figueroa.
■ POR LA SENDA DEL HONOR
Núm. 322 - M.ª de las Nieves Grajales.
■ HALIMA
Núm. 323 - Alicia Larrendi.
○ PROMETIDO A SUELDO
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

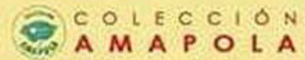
COLECCIÓN MADREPERLA

Núm. 217 - Mercedes Tomás.
■ REVIVE EL CORAZÓN
Núm. 218 - Vic Martín.
■ EN LAS FRIAS TINIEBLAS
Núm. 219 - Ana Marcela García.
○ DE ENTRE LAS CENIZAS
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ROSAURA

Núm. 161 - Desabel.
■ AMOR, SOCIEDAD ANÓNIMA
Núm. 162 - Corín Tellado.
■ OTRA MUJER EN SU VIDA
Núm. 163 - Mercedes Muntó.
○ LA CEDIO SU NOVIA
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN AMAPOLA

Núm. 47 - María Teresa Largo.
■ ASÍ ERES TÚ
Núm. 48 - María Teresa Sesé.
■ FLECHAZO
Núm. 49 - Carmen Martel.
○ EL OBSTÁCULO INFRANQUEABLE
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN BISONTE

Núm. 262 - Raf Segrram.
■ MANO DE HIERRO
Núm. 263 - Orland Garr.
■ FORASTERO PELIGROSO
Núm. 264 - Alone Gregory.
○ SÓLO UN VAGABUNDO
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN DETECTIVE

Núm. 5 - Brent Channing.
■ LA TUMBA DE LOS DIAMANTES
Núm. 6 - Víctor Peterson.
■ EL CASO DEL VIUDO ALEGRE
Núm. 7 - Ricky Drayton.
○ NO ES FÁCIL MATARME
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

Núm. 126 - A. Rolcest.
■ ¡INDOCHINA!
Núm. 127 - Peter Debry.
■ PISTAS SANGRIENTAS
Núm. 128 - A. Rolcest.
○ HÉROES EN CRETA
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN AUTORES FAMOSOS

Núm. 50 - Oscar J. Friend.
■ EL TRAGABALAS
Núm. 51 - William MacLeod Raine.
■ LLAMAS DE ODIO
Núm. 52 - Oscar J. Friend.
○ EL HALCÓN DEL MISSISSIPI
APARICIÓN BIMENSUAL. PRECIO 16 PTAS.

■ Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: **5 ptas.**

Notas

[1] Institución femenina que intenta combatir las plagas sociales, en especial el alcoholismo, y a veces con fanática violencia. < <